

RICARDO GIL

DE LOS QUINCE

A

LOS TREINTA



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1885



B388.040

DE LOS QUINCE A LOS TREINTA

DAU
20476

lit. 242243

RICARDO GIL

DE LOS QUINCE

Á

LOS TREINTA



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1885

PROPIEDAD DEL AUTOR



I

INVITACION

Yo tengo en mi bodega un vino añejo
que no empaña el cristal con turbias heces,
que nunca me ha negado un buen consejo
y que me alegra á veces.

No recuerdan la sangre las süaves
pálidas tintas que en el vaso toma,
sino el albor que por el cielo asoma
despertando á las aves.

Insípido será para el gastado
paladar que lo nuevo solicita
y busca el grano aquel recién pisado
que embrutece ó que irrita.

Tampoco halagará por incoloro,
por falta de dulzura y de fragancia,
si se recuerda el bálsamo que escancia
el genio en cáliz de oro.

Pero en cambio disipa en un instante
todo amargor del labio que perfuma,
cual se disipa, en círculo brillante
al estallar, su espuma.

Grato calor al corazón envía,
no incendio de fugaces llamaradas;
y engendra, no ruidosas carcajadas,
dulce melancolía.

¡Oh viejo y fiel amigo que discreto
vigor me das en la constante prueba,
no libar nunca el zumo te prometo
de la vendimia nueva!

Bien sé que tu embriaguez no es sobrehumano
éxtasis en que el alma estremecida
consigue de la esfinge de la vida
traducir el arcano.

Ni el sueño del profeta, que entre asombros
ve surgir de las sombras lo futuro
y caer á sus plantas hecho escombros
inaccesible muro;

Ni la fiebre del genio abrasadora,
cuando en sublimes vértigos asciende
por escala de estrellas y sorprende
la palabra creadora.

Lo sé; pero también ¡oh buen amigo!
sé que en tu noble trasparente seno
hallar no puede protector abrigo
mortífero veneno.

Que tú no inspiras ambición bastarda
ni entre tus ondas opalinas late
esa duda ruin que en el combate
los pechos acobarda.

No espero que, mi espíritu cegando,
con esa inútil cólera le acosés,
que lleva á golpear el venerando
pedestal de los dioses.

Ni empujarás mi sér hacia el abismo
de cieno y de dolor que el vicio habita,
donde en horrible convulsión se agita
verdugo de sí mismo.

Ni harás que uncido á muchedumbre ignara,
descubierta la sien, arrastre el carro
del ídolo grosero que elevara
la Fortuna, del barro.

.....

Lo sé, mi viejo amigo; no es bastante
este dulce calor que de tí exhalas
para que nazcan las potentes alas
del águila gigante.

¿Mas qué me importa? El alma que no anhela
mundos hollar en ascensión divina,

sólo aquéllas envidia con que vuela
humilde golondrina.

Ellas me bastan: ni soñé, ni espero
alzar el vuelo más que hasta la altura
en que logro evitar la espina dura
que brota en mi sendero.

Con ellas burlaré del infecundo,
encanecido invierno, los rigores,
que en todo tiempo hay climas en el mundo
que protegen las flores.

.....

Lector: el vino que á ofrecer me atrevo
no es dulce, y en el alma no provoca
ni el delirio del genio, ni la loca
risa del vino nuevo.

Cuando su espuma á la cabeza sube,
no engendra pesadilla abrumadora,
sino la ciñe con ligera nube
del color de la aurora.

Si turba la razón su dulce fuego,
es su locura la inocente y brava
que por los campos de Montiel llevaba
al hidalgo manchego.

Ya lo sabes, lector: si por mezquina
la ofrenda no rehusas, y en el rancio
licor buscas alivio á tu cansancio,
tiende tu copa, el ánfora se inclina.





II

EL ÚLTIMO JUGUETE

EN las nevadas ropas medio escondido
de aquel lecho revuelto y abandonado,
donde el pobre inocente tanto ha sufrido,
el último juguete yace olvidado.

Al verlo, tibio llanto los ojos llena,
recordando del ángel la breve historia.....
Báñalo en paz la tarde con luz serena
y en el vecino templo tocan á gloria.

Allí está. Sus caricias en vano espera
llorando con lenguaje sencillo y mudo.....
Helada está la mano blanca y ligera
que el último juguete romper no pudo.

Allí está. Por inútil se le abandona
sobre el desierto lecho que el tiempo enfría.
Nadie el humilde objeto, nadie, ambiciona.....
y sin embargo el niño le sonreía.

Tal vez fué deseado con ese ardiente
afán que es de las almas fiebre y locura,
y sólo llegó á manos del inocente,
cuando ya le esperaba la sepultura.

Lo que no consiguieron sabios doctores,
ese pobre juguete lo ha conseguido
calmando la crudeza de sus dolores,
en sus labios ahogando más de un gemido.

¿Quién abrevió sus horas negras y amargas?
¿Quién de su blanca frente disipó el ceño?
El enfermo en las noches de insomnio largas,
abrazado al juguete concilió el sueño.

Si la caja forrada de blanca seda,
postrer nido del ángel, es reducida,
haced otra más grande para que pueda
guardar lo que él amaba más en la vida.

No separarlos. Vibra con tono extraño
una voz en el alma que nos lo advierte.
Por algo Dios dispuso que al desengaño
precediera temprana dichosa muerte.

No separéis aquello que unió el cariño.
No toquéis lo que es digno de la inocencia.
Respetad el juguete del pobre niño;
fué la ilusión postrera de una existencia.

Morir bajo el influjo de aquel encanto
fué robar á la muerte dulce victoria.
Por eso, aunque los ojos arrasa el llanto,
por eso las campanas tocan á gloria.

.....

Risueñas ilusiones, falsos cristales,
que el deseo en diamantes trasforma ciego,

¿qué sois sino juguetes que los mortales
ambicionan, consiguen y rompen luego?

Y cuando ya al sepulcro se ven cercanos,
¿qué sois para los hombres? Peso importuno;
restos no más de aquellos juguetes vanos
que ellos mismos rompieron uno por uno.

Feliz quien en su seno guarda y abriga
el brillador juguete breves momentos,
si á sorprenderlo llega la muerte amiga
antes que de sus manos caiga en fragmentos.

.....

Allí está. Con lenguaje sencillo y mudo,
del niño nos recuerda la breve historia.
El último juguete romper no pudo...
Bien haces, campanero, tocando á gloria.





III

A UNA HERMOSA QUE COJEA

SI es defecto, en verdad desaparece
por ser tuyo no más, pues de igual modo
luz tiene el sol para dorarlo todo,
belleza tú, que todo lo ennoblece.

Ser tu apoyo es un bien que me envanece;
feliz á ese defecto me acomodo.

Sin él ¿qué hubiera en ti de humano lodo?...

¿Ni qué mortal entonces te merece?...

Tu breve pie vacila, se resiste

á hollar la tierra vil; así resbalas
sin la seguridad del vulgo triste.

Aún no sabes andar, pues todavía
suspendida te crees de blancas alas.
¡Amor también, sin ellas, cojearía!





IV

SI alguna vez á mi escondida puerta,
por compasión ó por capricho, acierta
á llamar la Fortuna,
con voz, ni descortés ni aduladora,
he de decirla: «Perdonad, señora,
pero venís en hora inoportuna.»

Hace ya mucho tiempo, con fe ciega
la visita esperando que ahora llega,
batalla inútil afronté bizarro.
¡Mi ruego no ha sonado en vuestro oído?...
¡Oh! ¡Si entonces hubiérais detenido
el alígero carro!...

Pero tanto ha tardado este momento,
que antes que vos, aunque con paso lento
y caduca apariencia,
llegó á mi hogar, y en él es soberana,
esa gruñona y bondadosa anciana
que los hombres llamamos «Experiencia.»

Por ella sé que en el favor mudable
ocúltase la pena miserable,
como reptil que en la maleza duerme:
que sois inútil para mí, barrunto.
—¿Qué quieres?—me decís; y yo os pregunto:
—¿Qué podéis concederme?...

¿Podéis hacer más blanca la azucena?
¿más claro el manantial que sobre arena
silencioso resbala?
¿más tierno de la tórtola el arrullo?
¿más imponente el reto que en su orgullo
barbota el mar cuando la nube escala?

¿Podéis hacer la brisa más fragante?
¿más azul el espacio? ¿más vibrante
la dulce voz del ruiseñor en celo?

¿multiplicar del iris los colores?
¿aumentar una flor en los alcores?
¿una estrella en el cielo?

¿Podéis hacer acaso que no muera
la rojiza y fugaz arrebolera
que las cimas corona?
¿abreviar el letargo del invierno?
¿añadir una estrofa al himno eterno
que la fecunda primavera entona?

¿Podéis, en fin, al ánimo cansado
un albergue ofrecer más apartado
que el de los bosques plácido y bendito?
¿y en cuál regio palacio haréis que vibre
como allí, respondiendo al pecho libre,
la voz del infinito?...

¡Oh! No: ¡de la inmortal naturaleza
aumentar no os fué dado la belleza
en que Dios resplandece!
¡Llevar no puede vuestro cetro de oro
un átomo á ese espléndido tesoro
que á todos por igual nos pertenece!

Si tanto no podéis, de los serenos
años de mi inocencia haced al menos
que amanezca de nuevo un solo día...
¡Menos aún! borrad la huella ardiente
de aquel amargo beso que la frente
me escalda todavía...

No es posible... Seguid, y á vuestro paso
con los ojos cerrados, al acaso
sembrad vuestros favores.
¿Oís?... La multitud ya se impacienta
y ruge con la voz de la tormenta
ávida de poder, riqueza, honores...

¡Poder! ¡Palabra que me inspira miedo!
¿Cómo soñar con él, yo que no puedo
en mí mismo reinar? ¡Vana quimera!
¿Ni qué favor es ese al que acompaña
la adulación servil, la envidia huraña
y la calumnia artera?

El genio dadme, y mi poder comienza,
único que enaltece, no avergüenza
al mismo á quien domina;

pero el poder que vuestra mano arroja,
mezcla de azar y fuerza, me sonroja
y es digno sólo de ambición mezquina!

Guardad vuestras riquezas para el necio
que á la virtud humana pone precio
y que comprar la dicha así pretende.
No extrañéis si su brillo no me ofusca;
mi corazón tan sólo aquello busca
que al oro no se vende.

Doren del vano la existencia fútil;
del torpe avaro con su peso inútil
la conciencia zozobre,
que no por ellas vende su reposo
quien el pan del trabajo halla sabroso
y lo hace aún más, partido con el pobre.

¡Honores!... Pero, ¿acaso se reduce
la honradez á una joya que reluce,
á rica banda, ni á pomposo nombre?...
¿Qué honor me podéis dar que no me afrente,
si de Dios recibí ya la eminente
dignidad de ser hombre?...

Como inocente alondra, reclamada
por pérfido espejuelo, fascinada
hacia la muerte corre,
yo también en pos vuestro corrí en vano
al levantar, en día ya lejano,
sobre movable arena frágil torre.

Pero tanto ha tardado este momento,
que ya de aquella torre sin cimiento
ha arrasado las piedras fugaz ola;
y al ver caer con ellas mi esperanza,
ni una vez acusé vuestra tardanza;
pero miento... ¡una sola!

Una vez—perdonad—cual temblar debe
la mano que sacrílega remueve
la tierra de un osario,
tiemblo yo al profanar ese escondido
rincón, de donde brota hondo quejido
con un eco de doble funerario.

Regresaba á mi hogar... lo hallé desierto.
Quise dudar y murmuré: «no ha muerto.»
Mas de repente, realidad severa

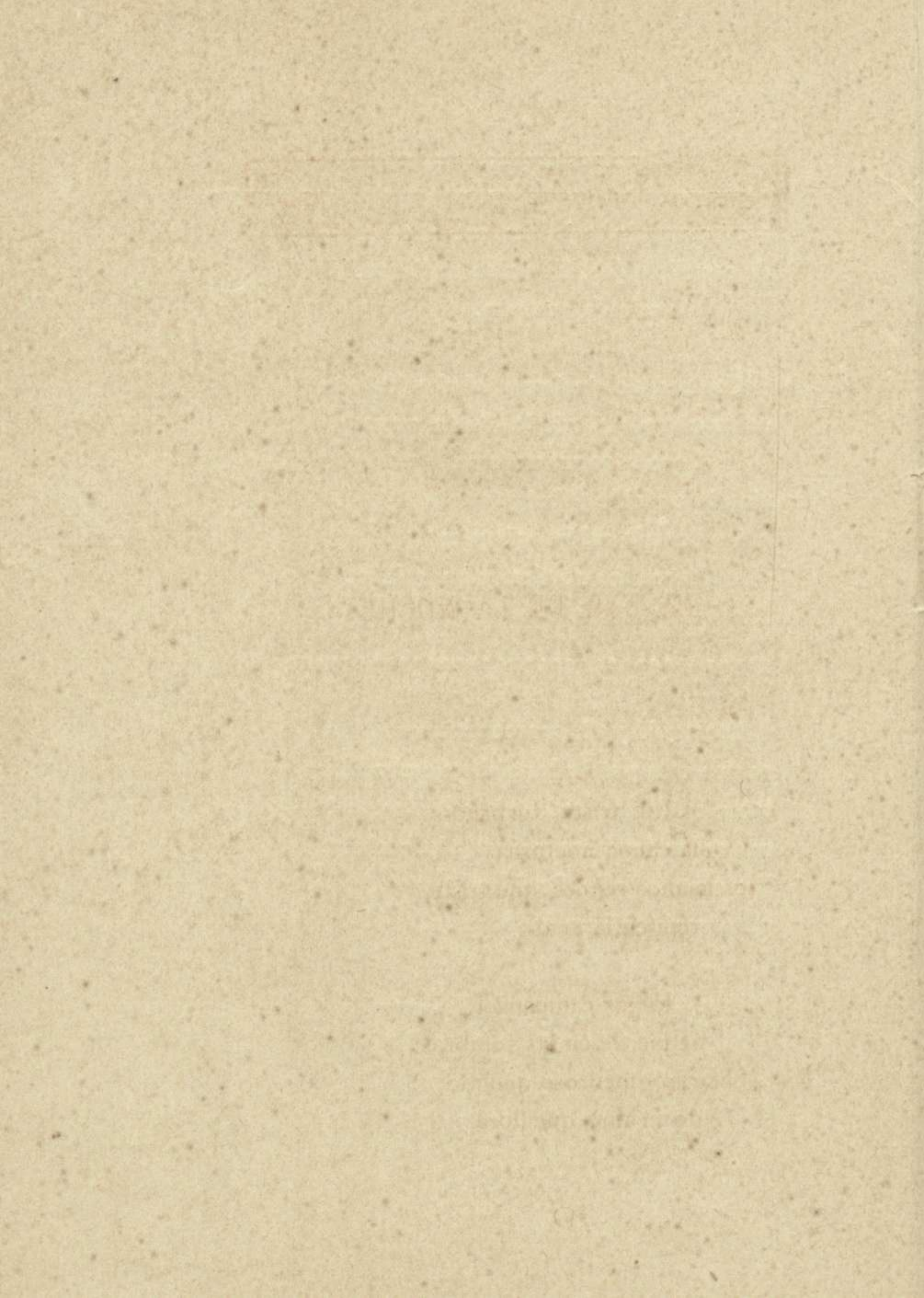
á mi memoria trajo, con espanto,
de aquellos ojos, húmedos en llanto,
la mirada postrera.

Con sed de blasfemar, el alma injusta
en su estupor no vió la diestra augusta
que la tormenta rige,
sino insondable, lóbrego vacío:
quiso llenarlo mi furor impío;
recordé vuestro nombre y os maldije.

.....

Proseguid ya la marcha interrumpida,
pues á esta puerta humilde y escondida
tanto en llamar tardásteis, ¡oh Fortuna!
que antes llegó esa anciana bienhechora.
Por eso os digo: «Perdonad, señora,
pero venís en hora inoportuna.»







V

LA UNA DE LA NOCHE

QUÉ triste, turbando
la calma nocturna
los lejanos relojes, qué triste
repiten la una!

Fugaz campanada
se pierde en las sombras:
solitario y medroso quejido
de un alma que llora.

Sentado en mi lecho,
las sombras calladas,
yo la miro surcar con el brillo
de luz que se apaga.

Y al verla tan sola
del mundo alejarse,
con los labios del alma murmuro:
«¡Que Dios te acompañe!»

Son tantas las noches
pasadas en vela,
que oigo ya con cariño ese débil
acento de pena.

La frente en la mano
reclino y espero
cual la voz de un amigo, esa queja
de espíritu enfermo.

A veces, cubriendo
la voz solitaria,
serenatas he oído, que alegres
las calles cruzaban.

Y ha sido tan hondo,
tan rudo el contraste,
que he sentido á mis ojos ya secos
el llanto agolparse.

Así cierta noche
oí que cantaban:
«Cual la una de triste y de sola
se encuentra mi alma.»



En esos instantes
parece que escucho
de los seres que amé y que murieron
abrirse el sepulcro.

En torno se agrupan,
su aliento percibo,
de su pecho, velado por sombras,
escucho el latido.

Extraños rumores
parece que imitan

de una voz, ya apagada, ese timbre
que nunca se olvida.

Quizás un delirio
será; mas yo creo
que el recuerdo es un puente impalpable
que cruzan los muertos.

Me amaron viviendo,
y el mundo en que moran,
al saber que mi pecho aún les ama,
quizás abandonan.

Y al verme cercado
de seres que han muerto,
en ti pienso que aún vives... tu alma
se encuentra más lejos.

Por eso me dice
fugaz campanada,
sola y triste... ¡qué triste y qué sola
se encuentra tu alma!

*
* *

El día que en tierra
mi cuerpo descansa,
cuando sepas que amándote he muerto,
¡si acaso lo sabes!

Si al fúnebre doble
tus labios elevan
esa tierna plegaria cristiana
que á nadie se niega...

Si acaso en las horas
de paz y misterio,
al que muere por ti, tu memoria
consagra un recuerdo...

Oirás en la noche
rumores extraños...
el batir de unas alas... no temas,
estoy á tu lado.

Y entonces, si escuchas
llorosa y opaca
en las hondas tinieblas perderse
fugaz campanada,

Recuerda lo triste,
lo solo que he muerto,
y que el cielo abandono, bien mío,
si allí no te encuentro.

Y siempre que mires
la cumbre estrellada,
«Aun allí, di, ¡qué triste y qué sola
se encuentra su alma!»





VI

DESPUÉS DE LA LLUVIA

YA no suena la lluvia en la arboleda;
fué nube de verano;
ya se despeja el cielo y sólo queda
como un rumor lejano.

Bajemos al jardín, bajemos antes
que con sus llamas rojas
deshaga el sol poniente esos diamantes
que tiemblan en las hojas.

El profundo letargo en que yacía
la ciudad sacudiendo,
al través de esa verja, nos envía
su bullicioso estruendo.

Ven, vida mía, ven, que ya las flores
sus cálices levantan
y se llena el jardín de resplandores
y los pájaros cantan.

Apóyate en mi brazo; tibio ambiente
la humedad evapora;
ven, y el pasado susto alegremente
me contarás ahora.

¿Te avergüenza decirme que has temblado
del trueno al estampido?
Pues díme lo tu labio sonrosado
acercando á mi oído.....

La tierra por la lluvia entumecida
vigorosa despierta:
se respira el amor, y sorprendida
el alma, grita: ¡Alerta!

Mas no al inútil vergonzoso miedo
 dará mi pecho abrigo;
pues no he de huir, y derrotar no puedo
 á tan fuerte enemigo.

Ni ese triunfo ambiciono que convierte
 las flores en abrojos,
ni ver el mundo quiero de otra suerte
 que á la luz de tus ojos.

Al porvenir la voluntad sin vana
 sospecha se abandone.
¿Por qué dudar si volverá mañana
 ese sol que se pone?

Dime: ¿no te parece que las aves
 nueva canción estudian?
¿Oiste nunca trinos tan suaves
 como esos que preludian?

¿No sientes que la sangre al rostro asoma
 con rojiza oleada
al aspirar el penetrante aroma
 de la tierra mojada?

¿No se entornan tus ojos de repente,
cual se entornaban antes,
cuando el cielo rasgaban bruscamente
relámpagos brillantes?

Ábrelos, pues el fuego repentino
que deslumbrando pasa,
relámpago es también, pero divino,
y el alma sólo abrasa.

Relámpago es también cuya luz viva
breves momentos arde:
acaso dure más la fugitiva
púrpura de la tarde.

Mas ya que en nuestro cielo reverbera,
su duración no importa:
para olvidar la dicha verdadera
es la existencia corta.

.....

¿Por qué tiemblas? ¿Por qué con sobresalto
huyes avergonzada

de esa vieja pared en lo más alto
fijando la mirada?...

La ventana, quizás, que con incierta
claridad se ilumina,
te hace pensar que la dejó entreabierta
curiosidad mezquina.

No temas: tu rubor no sufre agravio;
toda inquietud aleja.
Es la discreta lámpara del sabio
la que el cristal refleja.

Sólo el sabio la enciende en el instante
más hermoso del día,
despreciando ese sol agonizante
que brilla todavía.

No temas: á nosotros no descenden
sus miradas curiosas;
y aunque nos sigan á traición, ¿qué entienden
los sabios de estas cosas?...

Al fulgor de esa luz que me entristece

una frente adivino,
que se inclina hacia un libro y que parece
rugoso pergamino.

Frente que con rigores prematuros
honda ansiedad blanquea;
á la que dan su sombra los oscuros
abismos de la idea.

Nunca anida el placer en esa frente
severa y taciturna:
en las ruinas su nido solamente
cuelga el ave nocturna.

¡Oh sér extraño! tu saber profundo
yo respeto y me indigno:
para ti nada vale en este mundo
lo que trazar un signo.

Las flores por su olor te desagradan
y ves, sin pena alguna,
enmudecer las aves que te enfadan
con su charla importuna.

¡En vano la belleza un Dios piadoso
vertió sobre la tierra!....
Incomprensible sér, ¿qué misterioso
desdén tus ojos cierra?...

¡Del corazón en la sonante lira
puso todas las notas!...
¿Por qué su acento con inútil ira
en el silencio embotas?

Dios dice al hombre: «vive;» y obediente,
por su bondad cubierto,
abandono mi sér á la corriente
que ha de llevarme al puerto.

Tú no vives: por eso tu semblante
denuncia tu zozobra.
Tú tienes un cerebro, y lo restante
de la creación te sobra.

Pasa tu vida, espíritu de hielo,
con gravedad que espanta,
contando las estrellas en el cielo,
las hojas en la planta;

que yo prefiero, con asombro mudo,
de gozo el alma llena,
estas huellas contar de un pie menudo
sobre la blanda arena;

y cuando de la sangre al rostro asoma
la rojiza oleada;
al aspirar el penetrante aroma
de la tierra mojada;

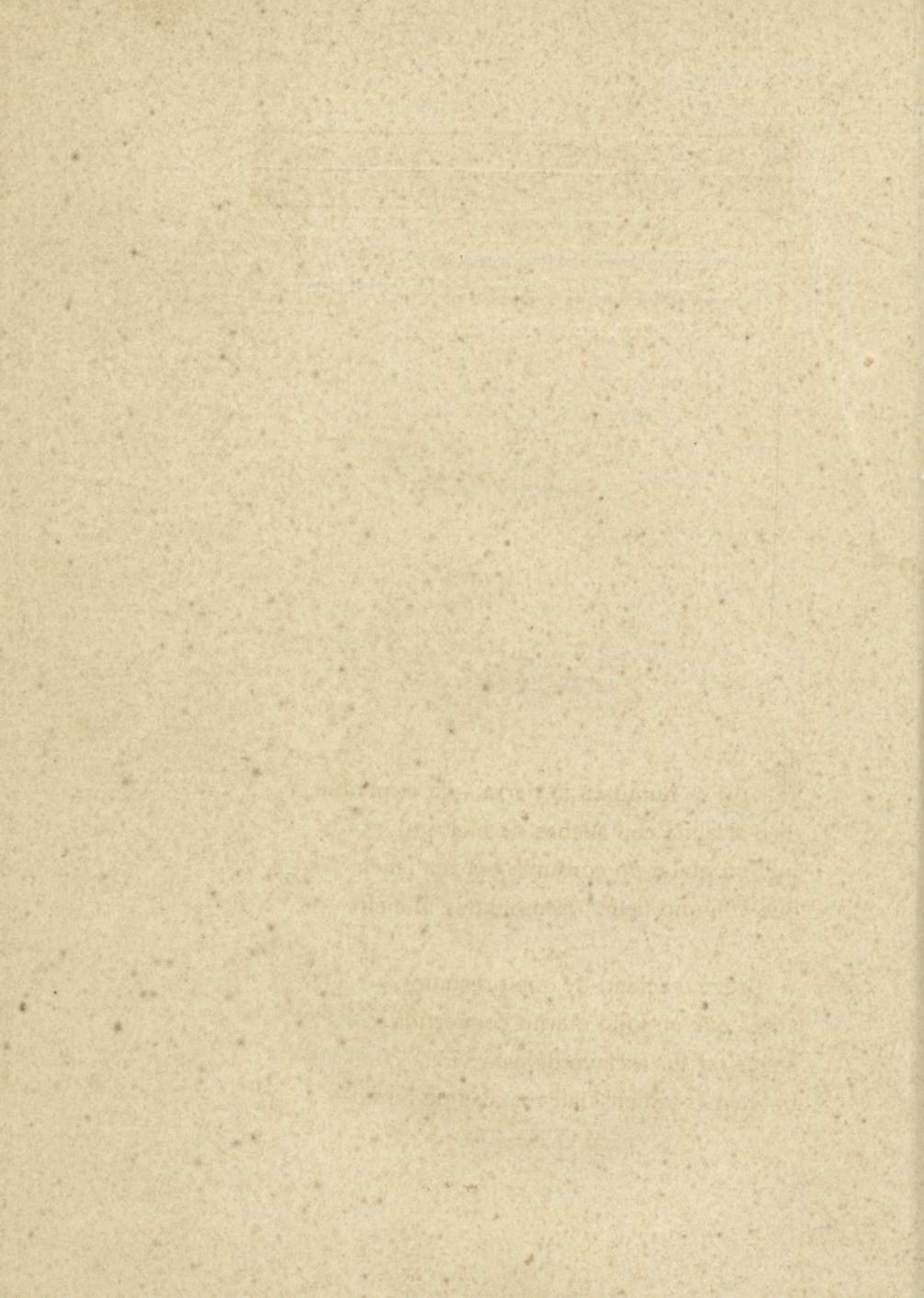
cuando rugiendo la irritada nube
se aleja ya vencida,
y con ritmo sonoro al cielo sube
el himno de la vida;

cuando el amor despierta, y en el alma
vibra su voz suprema,
vivir prefiero á meditar en calma
sobre grave problema.

Prefiero que me engañen tus bermejós
labios, hermosa mía,
á buscar la verdad á los reflejos
de esa lámpara fría.

Deja que nuestras horas se deslicen
con vuelo no medido,
pues Dios perdona siempre á los que dicen:
«Señor, hemos vivido.»







VII

HUMO

TODO es humo en la tierra:—la experiencia
dice al alma con sílabas de hielo;
¿pero á quién no consuela esa tendencia
que el humo tiene á remontarse al cielo?

¡Breve felicidad de que presumo;
antes que en lodo eterno convertida
hagas mi sér esclavo de esta vida,
bate en la inmensidad tus alas de humo!

¡Con qué amargura la belleza vemos
huir trocada en impalpable nubl...
Mas no la despedamos, y esperemos
hasta subir á donde el humo sube.

Llama hacia sí la voz del Poder Sumo
cuanto sacara de la nada un día,
y obediente á esa voz, la tierra envía
sus incesantes cataratas de humo.

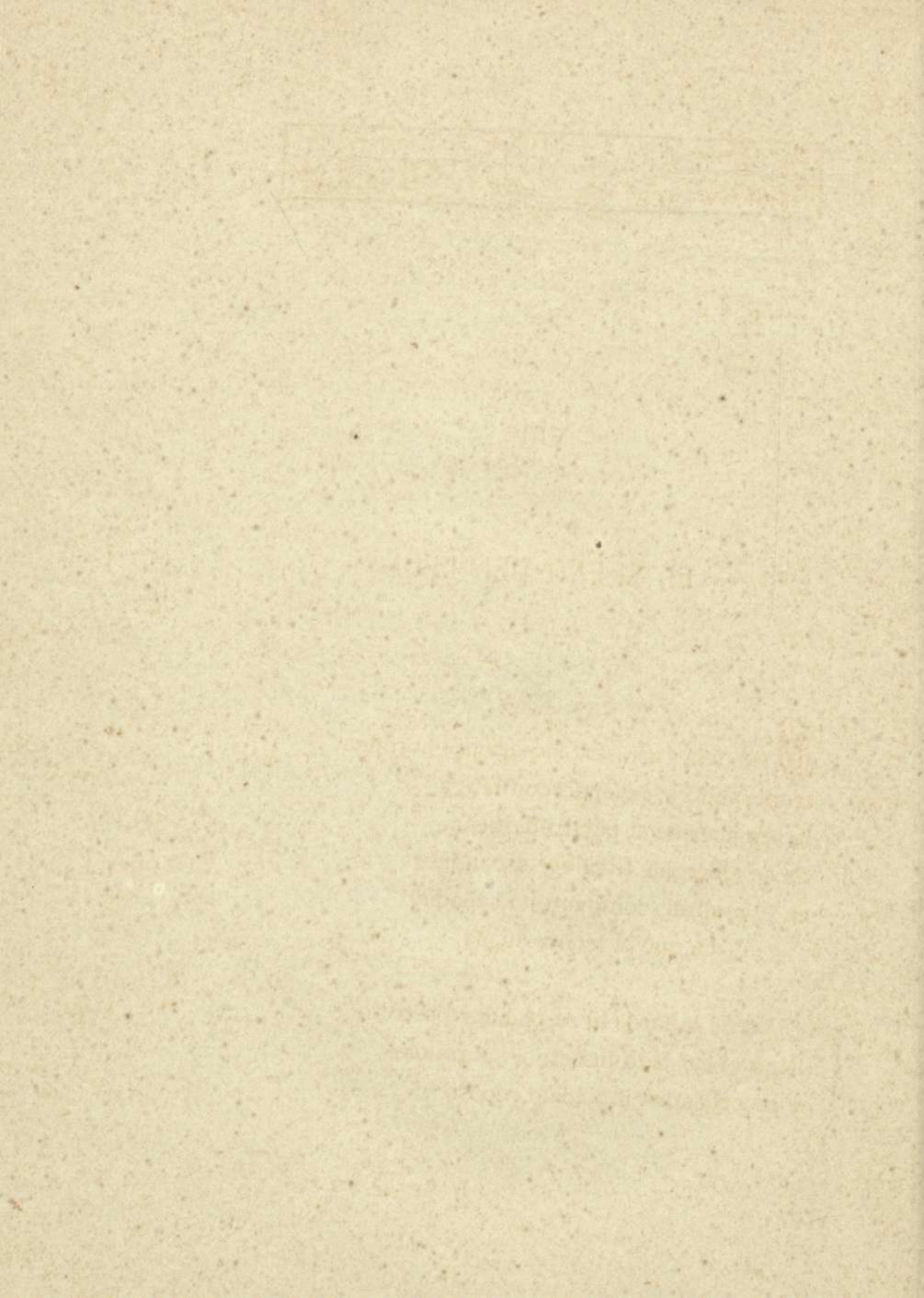
De la óptica falaz que así condensa
lo que es humo no más, brota el hastío,
y del hastío aspiración inmensa
que muere en Dios, como en el mar el río.

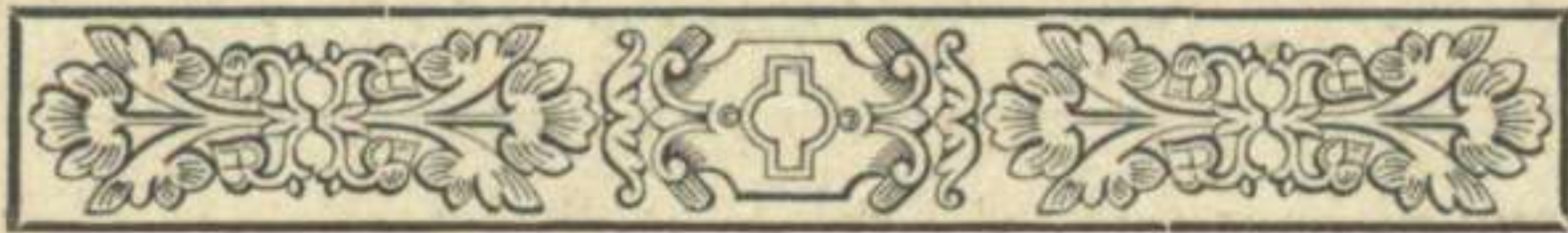
¡Fuego de adversidad en que consumo
mi débil cuerpo, bendecido seas!
Truéquese ya la entraña que caldeas,
como en las ascuas el incienso, en humo...

Ese tenue vapor inquieto, ingrave,
pedazos ¡ay! de nuestro sér encierra.
Se ignora á donde va, pero se sabe
que el humo nunca volverá á la tierra.

Ausentes seres que en mi sér asumo,
existencias que fuisteis mi existencia,
me engañasteis ayer siendo apariencia,
humo sois ya no más... ¿Pero sois humo?







VIII

EL SUEÑO DEL LEÓN

MIENTRAS arrastra la paciente hormiga,
tropezando y cayendo con fatiga,
la semilla que el pájaro desdeña,
de su albergue salvaje y escondido
en el umbral, con magestad tendido
duerme el león y sueña.

Ya de la tarde al resplandor postrero
llega el cargado insecto á su granero,
y recordando en plácido reposo

que al pasar vió al león en su postura
inmóvil, despreciándole murmura:
¿qué hará ese perezoso?...

Jamás, aunque la suerte me condena
de aquel humilde insecto á la faena,
dudo del fuerte y sin razón le ofendo:
jamás mi labio murmuró, si acaso
en mi rastrero caminar, al paso,
hallé al león durmiendo.

Yo bendigo la mano que constante
hace temblar el yunque resonante
que hierre el mármol ó el arado guía...
¿Cómo no bendecir tu santo nombre,
¡oh trabajo! si en ti respira el hombre
su fuerza y su alegría?

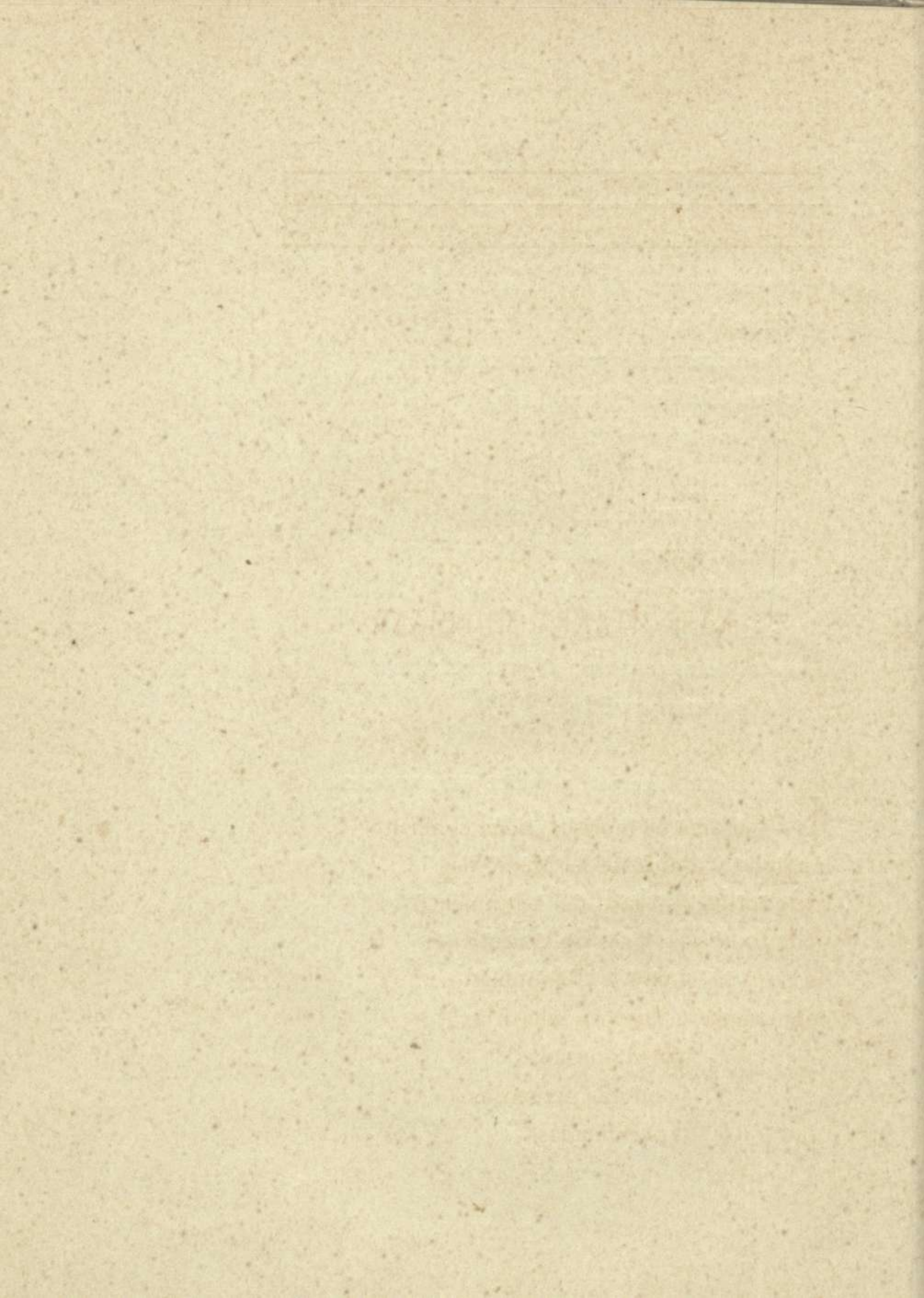
Mas sé que nunca llegará á la cumbre
la bulliciosa, activa muchedumbre,
si no la marca el Genio su camino;
si al pasar no le ve, con extrañeza,
inmóvil y entregado á la pereza
de un éxtasis divino.

La noche llegará, y evaporada
la visión de aquel sueño, su rizada
crín el león sacudirá despierto
y escuchará el insecto, estremecido,
cómo dicta con áspero rugido
sus leyes al desierto.

Así la multitud con reverente
callado asombro escucha la potente
inesperada voz que la redime:
y entonces reconoce en las vibrantes
notas de aquella voz al que fué antes
perezoso sublime.

Por eso, aunque la suerte me condena
á la oscura monótona faena
de los seres humildes y pequeños,
jamás le ofenderé, cuando á mi paso
halle al león dormido. ¿Sé yo acaso
lo que verá entre sueños?







IX

LA GUITARRA MURCIANA

LA guitarra es morisca; tiene el acento
lánguido y amoroso del Mediodía;
tiene todos los tonos del sentimiento;
tiene todas las llaves de la armonía;
es vago su sonido y es soñoliento
como azulado rayo de luna fría;
nacen pausadas
sus notas perezosas
y perfumadas.

La guitarra es morisca; y en sus bordones
se incuba el áureo germen de celestiales
fantásticas, bullentes apariciones
que abulta de sus notas con los raudales;
sobre Al-borak, surcando claras regiones
sólo el Profeta pudo verlas iguales;
 pasan envueltas
 en argentinas ondas
 de notas sueltas.

La guitarra es morisca; y en su concierto
rumores orientales funde y destila:
del camello que surca Libio desierto
al rascar sus alambres suena la esquila;
es de rústico albogue remedo cierto,
manantial que susurra, palma que oscila,
 arroja unidos
 fantasmas y recuerdos
 entre sonidos.

¡Cuántas veces en clara noche de luna
del Schewal que engendra rosas y amores,

cabe el dormido Tháder canción moruna
acompañó entre silbos de ruiseñores
y al ajimez velado por importuna
celosía dorada voló entre olores
su voz doliente
buscando en níveo pecho
nido caliente!

¡Cuántas en camarines alcatifados,
entre rumor de fuentes, y por lujosos
colgantes arambeles amortiguados
rodaron sus sonidos armoniosos,
de los sedientos labios enamorados
mezclándose á los choques voluptuosos,
con sus gorjeos
irritando la fiebre
de los deseos!...

Tal vez ¡ay! nazarena triste y cautiva
por el solo delito de su belleza,
derramó en sus alambres perla furtiva
que arrojaba el mar hondo de su tristeza,

y luego que maldijo la suerte esquiva
dió tregua de sus penas á la crudeza
la ya distante
trova resucitando
de ausente amante.

Mancebo que la enseña ganó bermeja
sembrando el ancho zoco de cañas rotas,
tal vez cuando cruzaba muda calleja
detuvo el paso oyendo sus dulces notas
y una voz que cantando tiembla y se queja
como en sonoro vaso trémulas gotas,
nombró muy quedo
al que mostró en el zoco
tanto denuedo.

Promediáronse un día valor, ternura,
del árabe murciano la alma bizarra;
y cuanta acción gloriosa, cuanta aventura,
cuanto lance de amores su historia narra,
sus más tiernas pasiones y su bravura
cantó, con sones varios, mora guitarra.

¡Ay! ¡Aún resuena
en su caja llorosa
voz agarena!...

¡Sólo Dios es potente! ¡Sólo Él no muda!
¡La gloria de los hombres cual humo pasa!
¡Será verdad mañana lo que hoy es duda!
¡Todo lo cambia el tiempo, todo lo arrasa!
¿Cuál imperio, cuál hombre contra él se escuda?
¿Esa fuerza invisible qué freno atrasa?

¿A dónde es ido
aquel de ocho centurias
poder temido?

Cedió á los altibajos y á los vaivenes
del tiempo y de la ciega loca fortuna.
Sus mezquitas, sus torres y sus harenes
entregaron sus piedras una por una.
Trocáronse en desgracia soñados bienes
y en la cruz de don Jaime, la media luna;
sus glorias ciertas
en lágrimas amargas
y ruinas yertas.

Mas la agarena raza legó en herencia
á la murciana el tono de su lenguaje,
sus costumbres, sus ropas y su indolencia
y aquel de su poesía vigor salvaje;
en amores y en odios igual vehemencia,
en bélicas hazañas igual coraje
y moro acento
de guitarra que temple
su sentimiento.

En las pesadas horas de ardiente siesta,
entre cálida niebla que el aire enfosca,
mientras el sol los trigos dora y retuesta,
bajo torcida parra que el tronco enrosca
por dar sombra á sencilla choza modesta,
la guitarra tañida por mano tosca,
el ya lejano
penoso adiós repite
del africano.

Y por añeja usanza, cuando en la huerta
el cadáver de un niño cubren de rosas,
al huir de la tarde la luz incierta

mientras velan su sueño caras llorosas,
con ternura y con miedo por si despierta
mezcla en notas ya alegres, ya dolorosas,
 júbilo y duelo,
 gemidos de la tierra,
 risas del cielo.

La guitarra es morisca; por eso ahora
que kásidas y zambras ya no acompaña,
la voz de sus alambres murmuradora
melancólico tinte de pena baña:
tórtola entristecida cantando llora
al doloroso roce de mano extraña:

 va con su canto
 despertando en las almas
 ansias de llanto.







X

DEL MURCIA-GRANADA

GENEROSA y cruel naturaleza:
generosa, pues das al hombre vida;
cruel, pues abandonas en seguida
tu propia hechura á su mortal flaqueza,
pronto será que logre tu belleza
ser amada de todos, no temida,
que el débil crece, y en la lid reñida
ya tu poder á vacilar empieza.

Pronto será. Que el genio, con extraño
vigor, cuando no triunfa de la muerte,
templar consigue tu rigor severo,
y el rayo que forjastes en su daño
con tenues hilos enfrenó y convierte
de su salud en dócil mensajero.





LAS ESTRELLAS ERRANTES

—
QUÉ son, madre—decía
estrechando su seno con ternura
y con acento de infantil candor,—
qué son ¡oh madre mía!
esos puntos de luz que en noche oscura
el aire cortan con girar veloz?...
Trazando blanca huella
cual lágrimas caídas de una estrella
un instante los miro fulgurar...»

La madre, sonriente,
respondió de este modo al inocente
que la escuchó con crédula bondad:
—En los celestes ámbitos serenos,
son esas chispas que contemplas tú,
las almas puras de los niños buenos
que Dios trasforma en ángeles de luz.



De la callada estancia,
que alumbran de la tarde los fulgores,
la pobre madre llora en un rincón.

Aún la vaga fragancia
se aspira allí de las nevadas flores
con que al infante muerto se adornó.

La llama moribunda
del sol se apaga, y á la vez se inunda
de estrellas la azulada inmensidad.

La madre acongojada,
eleva al firmamento su mirada
buscando alguna cosa con afán,
y ve surcar los ámbitos serenos

del estrellado firmamento azul,
las almas puras de los niños buenos
convertidas en ángeles de luz.



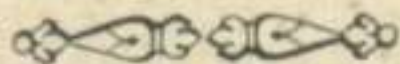
¡Bien haya el que confía
en la eterna bondad, que nunca niega
consuelo al que lo implora en su aflicción!

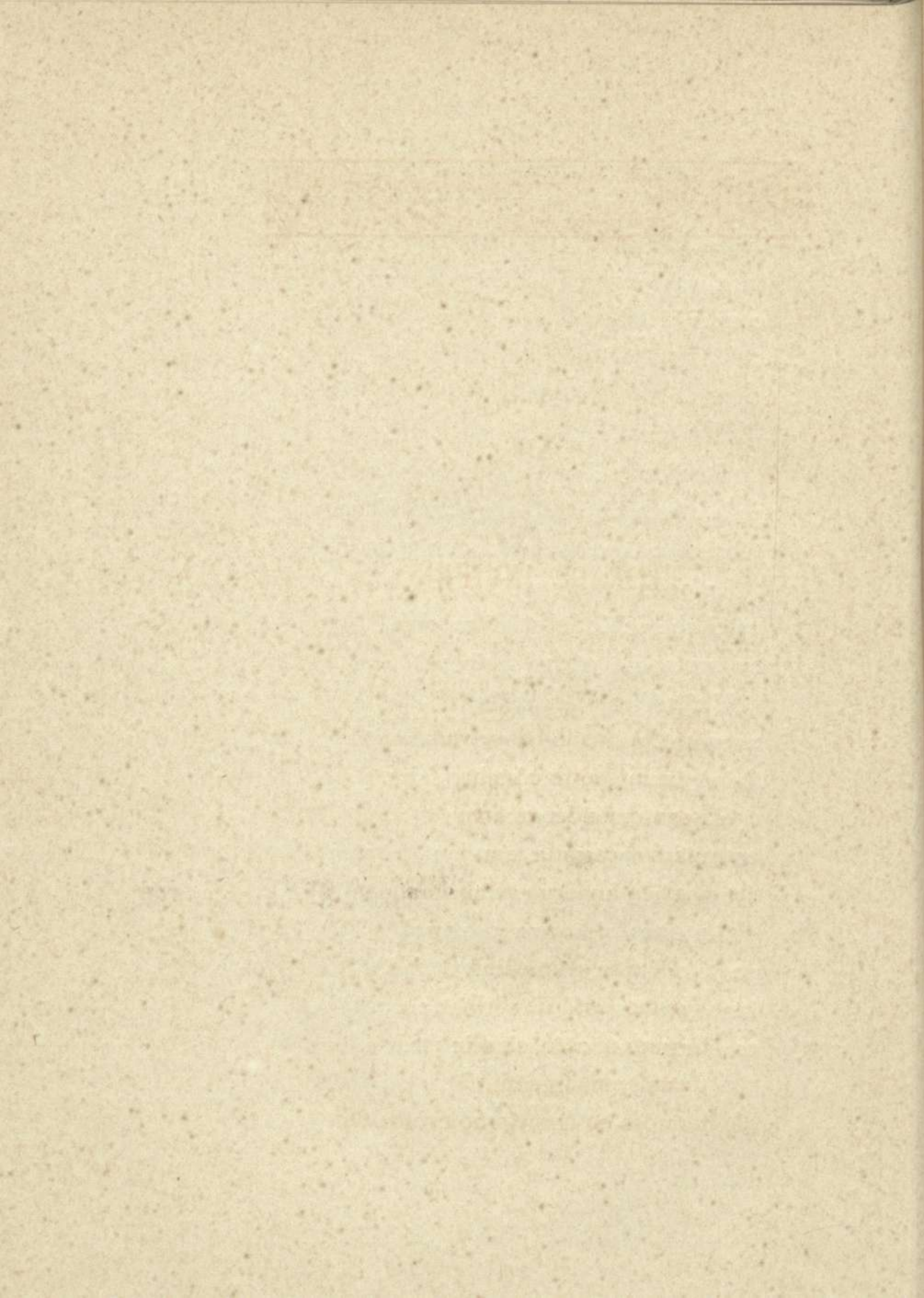
La pobre madre un día,
en el que de llorar quedóse ciega,
en una noche eterna se abismó.

Y desde entonces baña
su rostro, que la pena ya no empaña,
dulce, tranquila, bienhechora paz.

Su espíritu creyente
entre las sombras ve constantemente
átomos luminosos resbalar.

Ante sus ojos fijos y serenos
pasan siempre, en alada multitud,
las almas puras de los niños buenos
trasformadas en ángeles de luz.







XII

FLOR DE INVIERNO

NIÑA, las flores se van:
si de la suerte común
logra defender tu afán
esa flor cerrada aún,
sus hojas en invierno se abrirán.

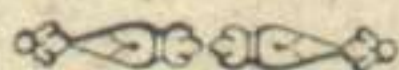
Déle tu seno calor,
y como brisa de abril,
tu puro aliento, su olor,
y verás, niña gentil,
qué hermosa en el invierno es una flor.

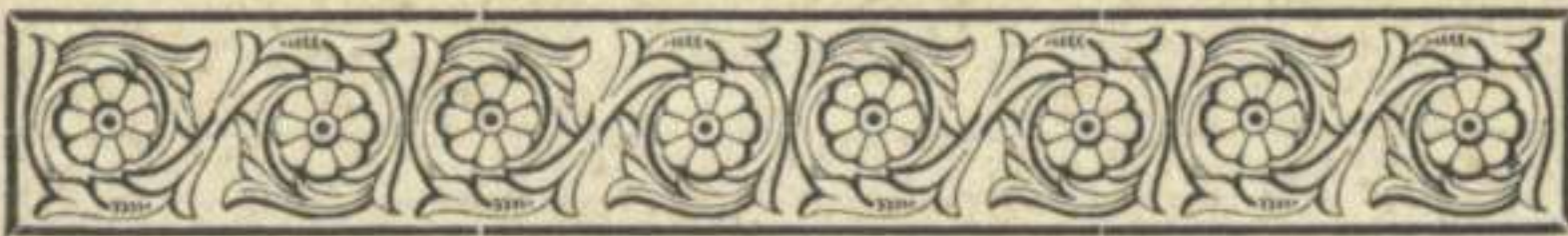
¡Oh! ¡Con cuánta rapidez
el sol palidece ya!...
Niña, piensa alguna vez
que á ti también llegará
ese invierno que llaman la vejez.

Guarda en todo su verdor
con tierna solicitud
la planta y no hayas temor,
que en prueba de gratitud
tu invierno en mayo trocará esa flor.

De cuantas penas sentí
mi corazón destrozar,
con la mayor aprendí
la dicha de perdonar,
flor de invierno que abrirse siento en mí.

Cuida, niña, con amor
flor que no pierda jamás
su perfume y su color;
haz el bien hoy y verás
qué hermosa en el invierno es una flor.





XIII

A LA PATRIA

(LÉJOS DE ELLA)

ROCE mi labio el agua con que rozas
de mi distante patria las arenas
¡oh mar! tú que sollozas
cuando, al morir el sol, á tus serenas
orillas vengo á derramar mis penas.

En el sordo rumor de tu oleaje
voces oigo que me hablan ya lejanas
de mi patria el lenguaje,

y llegan hasta mí las sobrehumanas
palabras de oración de sus campanas.

Azules montes de aserrada cresta
tu bruma finge al pensamiento mío;
y sombrosa floresta,
y en verde prado alegre caserío
que se mira al cristal de manso río.

Y miro aquel lugar mudo y desierto
que tanta y tanta historia, no borradas,
guarda en su polvo yerto;
donde imitan las ráfagas templadas
de la brisa, al pasar, voces amadas.

Allí el nombre de Dios por vez primera
repetí en inocente balbuceo;
y la amistad sincera
allí nació, que por mi bien poseo,
y el vago anhelo del primer deseo.

¡Con qué risueña luz en mi memoria
las íntimas veladas resucito
en que la patria historia

escuchaba, ese cántico bendito
de mis mayores con la sangre escrito!

Ya triste, ya glorioso, al eco suyo
surge en mi sér aún, como surgía,
ya tristeza, ya orgullo,
tornando á fecundar mi fantasía
fantasmas á que entonces sonreía.

¡Oh patria, cara patria, cómo siente
crecer tu amor quien en mortal quebranto
se mira de ti ausente!
¡Y cómo arranca, al par, tu nombre santo,
frases de bendición, cálido llanto!

¿Qué son el arco volador, la erguida
aguja que en el éter se cimbreo,
la cúpula atrevida,
qué son para el que en sueños hermosea
la amada pobre torre de su aldea?

Del extranjero templo en la grandeza
no encuentro á Dios; en vano la rodilla
se dobla con tristeza.

¡Ay! ¡Del valle natal, en la sencilla
ermita, el Dios de nuestros padres brilla!

.....

¡Horrible noche aquella! Reclinado
del bajel en la banda estremecida
el patrio suelo amado
miraba huir, y por mortal herida
se escapaba entre lágrimas la vida.

¡Horrible noche!... En ella el alma mía
comprendió la amargura, el hondo duelo
de aquella raza impía
que oyó decir al irritado cielo:
«Patria no has de encontrar en este suelo.»

Con vítores fué el puerto saludado
del sol amaneciente al rayo incierto,
y sólo yo, apenado,
sentí á la vista del extraño puerto
esa vaga tristeza del desierto.

En ti el alma quedó, patria adorada.

Puede el cuerpo alejarse sin que sea
el alma desterrada.

¡Aún tu sol, en recuerdo, la caldea!

¡Aún tu brisa sus lágrimas orea!

Al dolor de tu ausencia, ¿quién resiste?
¿Quién no tiembla á la duda de perderte?
Del desterrado triste
el alma libre, por volver á verte
su fatigado cuerpo da á la muerte.

¡Tengo sed!... Tengo sed del agua aquella
que por tus prados corre sonriente;
borrada fué con ella
mi originaria culpa; eternamente
su noble huella brillará en mi frente.

Estalla sin concierto el imponente
turbulento raudal que alta muralla
detuvo inútilmente...
Deja ¡oh patria! que á ti mi canto vaya
sin arte, sin concierto, como estalla.

¡Sin arte!... ¿Acaso de tu seno lejos

puede el arte existir?... ¿No necesita
de tu sol los reflejos,
el arpa de tus bosques, la bendita
florida tumba en que la fe palpita?

Tus crepúsculos vagos, tus bravías
tempestades, tus nieves y tus flores,
torrentes de armonías
hacen brotar en pechos soñadores,
donde anida este amor de los amores.

Que no hay inspiración si no la encienden
tus campiñas, tus cielos y tus mares;
si el alma no suspenden
el incienso quemado en tus altares
y el eco de tus cantos populares.

Olvida el hombre ingrato; mas severa,
tú nunca nos olvidas; cariñosa,
en cada primavera
arrojas nuevas flores á la fosa
donde olvidado genio en paz reposa.

Brota la inspiración de tus anales

como brotan del pie de tus montañas
los frescos manantiales.

Cuando en su viva claridad nos bañas,
abrasa el patriotismo las entrañas.

¡El patriotismo! Al eco de ese nombre
tus seculares bosques se estremecen
y se agiganta el hombre.

Y ejércitos de sombras aparecen...
y tus viejos laureles reverdecen...

En héroe trueca al débil; en insano
mortal acero el hierro campesino;
en mártir al anciano,
el arroyo en torrente purpurino,
y el noble pecho en muro diamantino.

¡Fuego en el aire se respira! ¡El canto
que el vate lanza, de entusiasmo ciego,
aviva el fuego santo!

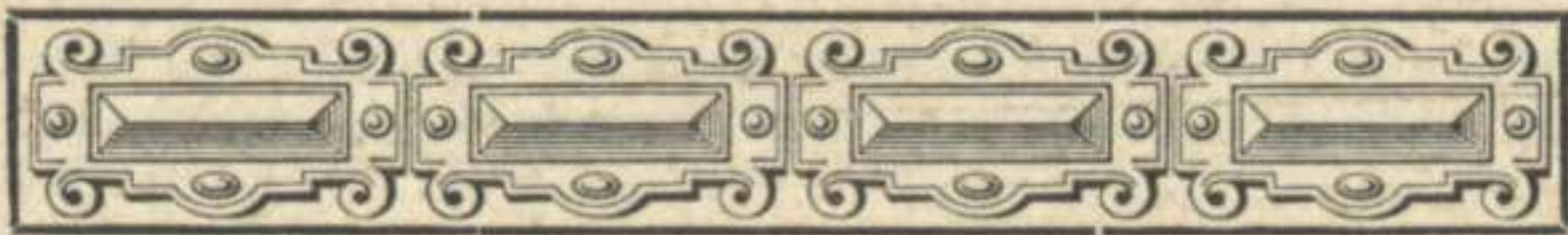
¡Y al cielo sube fervoroso ruego,
dejando en pos de sí rastro de fuego!

Morir entonces por la patria suerte

es igual que vencer, porque es victoria
que se roba á la muerte;
es trocar esta vida transitoria
por la existencia eterna de la gloria.

¡Oh patria! ¡Cara patria! Al cielo pido
que el polvo de mis restos guarde un día
tu seno bendecido,
y en él sea la oscura huesa mía
tálamo en que el amor oculto ría.





XIV

DIME, Amor, ¿es justo
que mi hogar tranquilo
revoltoso turbe
tu infantil capricho?...
De mi mano arrancas
el sabroso libro
repitiendo alegre
con perverso instinto:
¡Ven!... ¡En el prado hay rosas entreabiertas
y música en los nidos!..

Te cerré mi puerta,

y en su umbral llorando
te dejé en las noches
del invierno largo.
¡Precaución inútil!
¡Rigorismo vano!..
Hoy entrar te veo
revoloteando
al abrir mi ventana inadvertido
al primer sol de mayo.

No iré yo á los bosques,
no iré yo contigo,
que no son las rosas
ni el alegre nido
lo que allí me espera,
malicioso niño.
¿No ves que aun conservo
huellas del martirio?..
¿No ves que aun no he quemado aquellas cartas
ni aquel dorado rizo?..

Déjame, embustero,
con mi pena á solas:
yo sé que en los campos

reinarás ahora,
porque flores y aves
como tú están locas
y las almas llenan
de mortal zozobra...

Pero, di... ¿no me engañas?.. ¿Han abierto
ya las primeras rosas?

Vete: la ventana
tienes entreabierta:
de tu nombre el eco
por los valles suena:
bate ya tus alas
de rizada seda
y á los campos huye...
Vete ya y no vuelvas...

¿Me amenazas?.. ¡Adiós!.. Tranquila y sola
por fin el alma queda.

Ven, sabroso libro,
vuelve ya á mis manos:
¿Mas por qué tus frases
desabridas hallo?..
Ciérranse mis ojos

con mortal cansancio...

tengo frío: el cielo

me parece opaco...

No debe ser verdad que hayan abierto
las rosas en el campo.

Libro generoso,

no de ti me quejo:

claro sol de mayo,

sin razón te ofendo.

Soledad, que siempre

fuera mi consuelo,

es hoy misteriosa

causa de mi tedio.

Ya hay música en los nidos... y en el alma
frío y sombras de invierno.

Bullicioso niño,

sólo á ti sin duda

distraer te es dado

soledad adusta:

si á traición me espías,

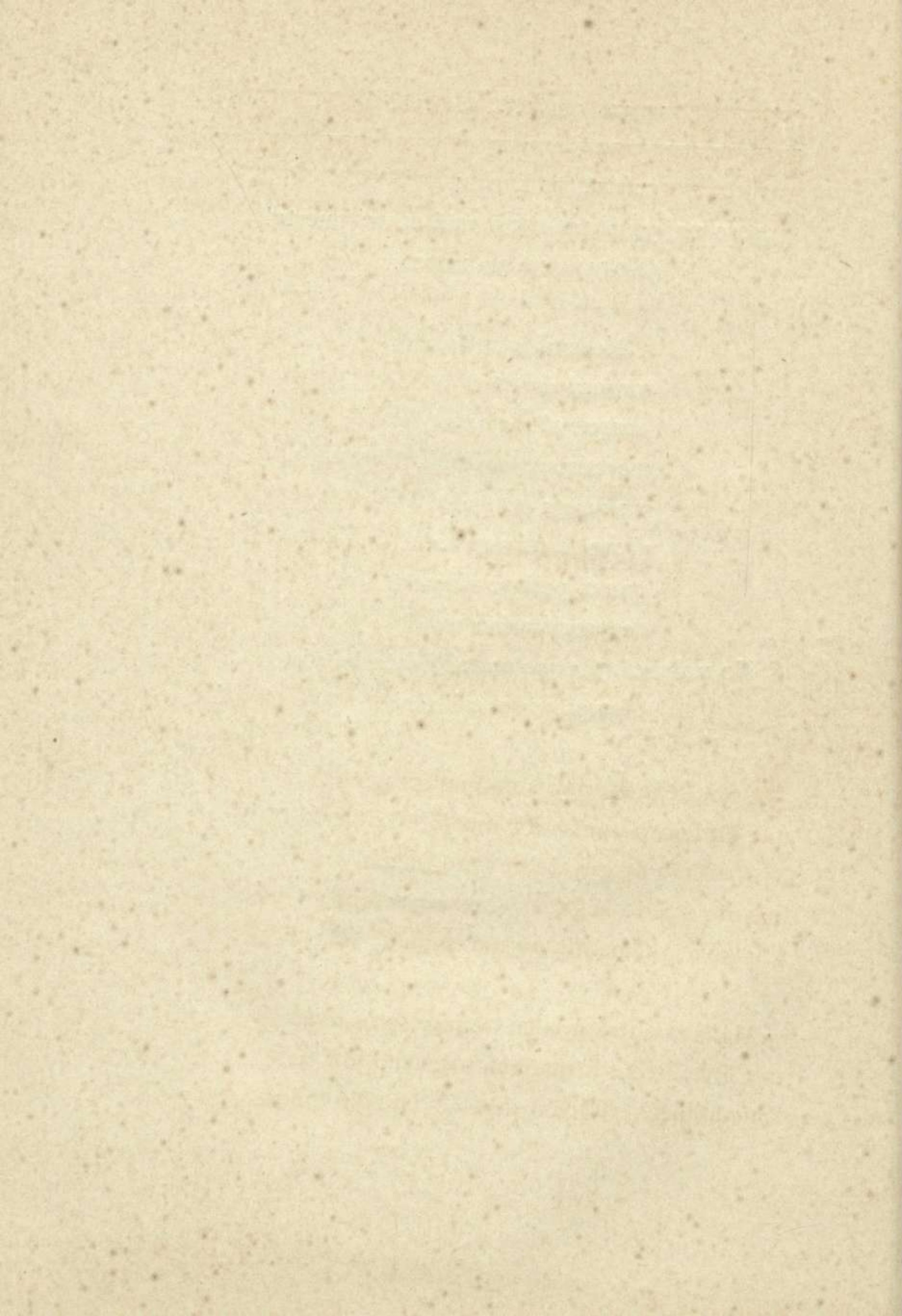
si mi voz escuchas,

vuelve, que gustoso

sufriré tus burlas;
¡pero no, ya el amor no está en mi puerta!
¡No volverá ya nunca!

No cual otras veces
tornará risueño,
porque al alejarse
me miró con miedo,
y asustar no pudo
al rapaz mi acento,
que el peligro siempre
despreció soberbio...
¡No volverá, porque en mi frente ha visto
blanquear un cabello!







XV

LA VISPERA DEL COMBATE

(CARTA DE JUAN SOLDADO)

MADRE: te escribo con amarga pena
que en llanto abrasador mis ojos baña.
No quisiera afligirte, ¡eres tan buena!
mas no puedo engañar con voz serena
á la sola mujer que no me engaña.

Mañana entramos en acción: se espera
que encontremos mañana al enemigo.
¿Sucumbiré?... ¡Quién sabe!... ¡Dios lo quiera!

No *la* podré olvidar mientras no muera...
Perdóname: no sé lo que me digo.

Ha anochecido: del helado viento
nos preservan hogueras á millares.
¡Qué aspecto me presenta el campamento!
Hierre mi oído el eco turbulento
de risas, juramentos y cantares.

Un cigarro y un vaso por cabeza
han venido á aumentar el regocijo,
mientras yo muero... muero de tristeza:
pienso en *ella* y en ti, con la certeza
de que sólo tú piensas en tu hijo.

Sobre un tambor te escribo, á los reflejos
de una hoguera, y, en círculo agrupados,
escucho las consejas y consejos
con que divierten los soldados viejos
y animan á los jóvenes soldados.

¡Qué oscura está la noche!... ¡Ni una estrella!
Y esta noche á su lado trascurrida
sería para mí risueña, bella!...

No te ofendas si pienso tanto en *ella*:
bien lo sabes; quien ama, tarde olvida.

No abandono el bendito escapulario
que llorando colgaste de mi cuello,
y, talismán contra el destino vario,
también guardo otro santo relicario,
un rizo que corté de su cabello.

Los dos me salvarán; pero si muero
los dos recibirán en mi agonía
de mis labios el hálito postrero.
¡Morir sin ver los seres que más quiero!
¿No es verdad que es horrible, madre mía?

Por eso vierto, sin fingido alarde,
en lágrimas la hiel que el pecho encierra.
¡No es porque llore el militar cobarde!
Mañana el fuego que en mi pecho arde
mostrará que... ¡Maldita sea la guerra!

Obedezco á mi patria, que su acento
jamás en vano vibrará en mi oído:
pronto estoy á morir; pero lamento

que solamente con borrón sangriento
su honor adquiriera el esplendor perdido.

¡Madre! La sangre que mi sér sustenta
de tus nobles entrañas es robada.
Di tú á la humanidad, de ella sedienta,
lo que para una madre representa
una gota de sangre derramada!

¡Di que nuestro enemigo es nuestro hermano:
que derecho ninguno nos asiste
para arrancar un don que es sobrehumano;
di... pero inútil es: vibrará en vano
sin eco alguno tu gemido triste!

¿Hasta cuándo, hasta cuándo los mortales
el fuego de discordia siempre vivo
mantendrán y los lazos fraternales
rotos?... ¿Cuándo los vínculos sociales
nacerán á la sombra del olivo?...

Borrar quisiera lo que escrito llevo.
¡Cuánto padecerás! Sé que tu llanto
y tus heridas con mi voz remuevo;

quisiera consolarte y no me atrevo;
te habría de engañar y ¡te amo tanto!

¿Y á quién con este triste desaliño
referiré mis penas que me entienda?
Tú que mis vanas lágrimas de niño
enjugaste, recibe con cariño
de este nuevo dolor la amarga ofrenda.

Ella me olvidará. ¡Duda penosa!
Que no lea esta carta, madre amada;
que esta explosión del alma dolorosa
no turbe su alegría si es dichosa,
no aumente su dolor si es desgraciada.

Adiós. No te entristezcas, madre mía.
Aún me queda en mis penas un consuelo.
Tú me enseñastes á rezar: confía.
Vida sin esperanza es agonía.
La patria de las almas es el cielo.

Ha sonado el clarín y lentamente
extingue el fuego la ceniza yerta:
no puedo ya escribir... es imponente

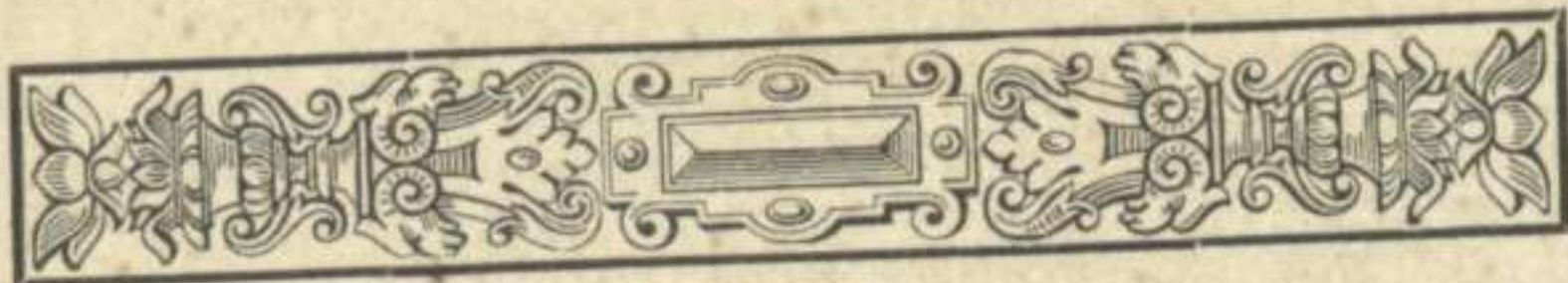
el silencio, que rompe solamente
del centinela el repetido ¡alerta!...

Adiós. Ten esperanza, quizá sea
mañana día de júbilo; no llores:
quizás en el fragor de la pelea
halle la paz que el corazón desea,
el porvenir, la gloria, los honores...

Quizá propicia para mí la suerte...

.....
.....
Este pliego arrugado, en sangre tinto,
bajó á la tierra sobre el pecho inerte
del desgraciado quinto.





XVI

POR angosto sendero que serpea
del empinado monte en la vertiente,
con tardo paso al valle descendía.
Ya de las mudas sombras la marea
crecía lentamente;
ya la primer estrella relucía.

Los pájaros callaban. De los pinos
el viento aleteaba en la espesura
sin eco alguno, con impulso blando;
y al menguar los fulgores vespertinos,
por la extensa llanura
uno y otro rumor iba espirando.

Cuando el postrero débil y dudoso
subió hasta mí y en el espacio oscuro
miré pálidecer la última nube,
aspirando con sed aquel reposo,
como á extraño conjuro
cedió mi voluntad y me detuve.

Pero en rudo contraste á la profunda
serenidad que allí se respiraba,
mi espíritu evocó viejas historias,
y con la fuerza del dolor fecunda,
trocó en candente lava
las que debieran ser yertas escorias.

Recuerdos en tropel trajo consigo
cada nombre querido, cada fecha,
que me asaltaron con reñido embate,
como en tropel asalta el enemigo
la improvisada brecha
del alto muro á cuyo pie combate.

Y al repasar la vía dolorosa
de mis males, pensé con desaliento
en mi constante soledad amarga:

pensé que nunca mano generosa
aligeró un momento
sobre mis hombros la importuna carga.

Nadie á mis penas entreabrió su seno
ni la fuente enseñóme del olvido
ni del escollo me apartó sensato...
Y así pensaba, de tristeza lleno,
cuando sonó en mi oído
cercana voz que murmuraba:—«¡Ingrato!»

Alcé los ojos y ante mí, de esbelto
gentil mancebo, con asombro mudo
ví levantarse la arrogante sombra...
en un girón de niebla medio envuelto
y el blanco pie desnudo
posando apenas en la verde alfombra.

Era su aspecto sosegado y grave;
en su frente de nácar esplendía
la palidez intensa de la luna,
y su voz recordaba la suave
sencilla melodía
que mece al niño en su tranquila cuna.

No me dijo su nombre; sin embargo,
le conocí, pues rechazar su queja,
mi labio pretendió con vano empeño:
poco á poco ese plácido letargo
que el alma libre deja
invadió mis sentidos. Era el sueño.

«¡Ingrato!» —repitió.— ¡Cuán vano ha sido
mi solícito afán, pues que me olvidas,
á mí, que nunca te olvidé en tus penas!
¡A mí, que de los cielos he traído
díctamo á tus heridas
y á tus noches de afán horas serenas!

Mas no me importa, olvídame; rehuso
tu gratitud y en la misión no cedo
que así me liga con la humana suerte.
Yo te amparé al nacer; Dios lo dispuso,
y dejarte no puedo
si no es en los umbrales de la muerte.

¡Noble misión la mía! Los que gimen
afanosos me buscan, porque tanta
como su adversidad es mi clemencia,

y del malvado castigando el crimen
 anudo á su garganta
la víbora que anida en su conciencia.

No bien asoma con templado brillo
la estrella de la tarde, me saluda
desde su choza el labrador cansado,
y doy paz á su espíritu sencillo
 y vigor á la ruda
mano que ha de guiar el tosco arado.

Yo convierto en sonrisa el ceño triste
del anciano, pues ve resucitada
lejana juventud que huyó traidora.
Por mí la madre que de luto viste
 aquella voz amada
torna á escuchar del hijo por quien llora.

Del afrentado siervo el torpe yugo
quebranto compasivo; en mi regazo
la suspirada libertad recobra
y, con justo rigor, de su verdugo
 desarmo el fuerte brazo
y el pecho agito con mortal zozobra.

Yo deposito en la nevada frente
de la doncella el ósculo de fuego
que desde lejos la pasión envía...
Los ángeles, por mí, del inocente
niño en alegre juego
cercan el lecho al fallecer el día.

Y tú... di, si á los débiles reflejos
de este sol, hermosura viste acaso
que á la velada por mi sombra exceda;
si al perseguir la dicha desde lejos,
con vacilante paso,
no esperas que antes yo te la conceda...

Dime si aquello que te niega el mundo
en mí no hallaste sin penosa lucha,
gloria y amor y poderío y fama...
Pero debo partir... En el profundo
silencio ya se escucha
la opaca voz con que el dolor me llama.

.....

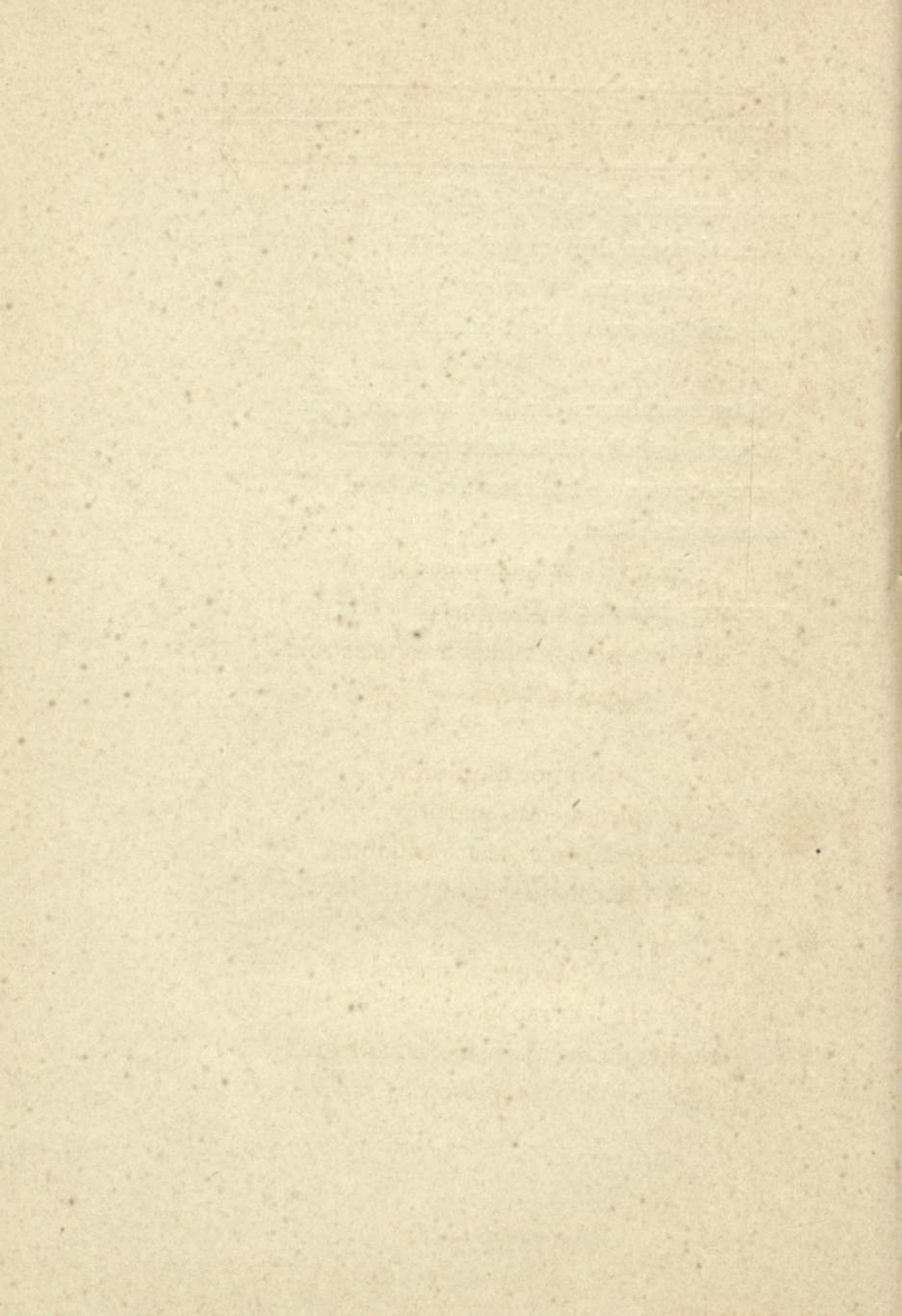
Calló la aparición y se deshizo

en la penumbra cual fugaz neblina
que forma el lago y que deshace el viento,
y en mi pecho dejó con el hechizo
de su voz esa espina
que clava punzador remordimiento.

Desde entonces, no bien su tembloroso
fulgor la estrella de la tarde enciende,
nuncio de paz en la extensión callada,
la envió mi saludo cariñoso.

¡Harto el alma comprende
que otra dicha no halló que la soñada!







XVII

YO sé que te enojas:
yo sé que te quejas
si en tus frescos labios, amapolas rojas,
pican las abejas.

¡No por eso llores:
piensa en tu martirio
si te los dejaran ósculos traidores
de color de lirio!...

Yo sé que malogras
tu feliz reposo
cuando de tus rizos sujetar no logras
el raudal copioso.

¡No tu llanto debe
resbalar por ellos,
sino cuando mires de color de nieve
tus negros cabellos!..

Yo sé que te agita,
causa de sonrojos,
el que todos lean con franqueza escrita
tu alma en tus ojos.

No llores: insulta
tu pueril quebranto
al de aquellos seres cuya risa oculta
manantial de llanto.

Risa dan tus duelos
que á explicar no aciertas.
Hoy lloras á impulsos de vagos anhelos.
¡Ay de ti si lloras esperanzas muertas!





XVIII

MORTE MORIERIS

GALLADA sombra que á mi cuerpo unida
siguiendo vas mis pasos importuna:
fantasma que encontré junto á la cuna
esperándome ya,
¿por qué en hondas tinieblas escondida
esgrimes tu puñal traidoramente
si el pecho que amenazas, impaciente
por recibirlo está?

Como trémulo arroyo de pasada
suele copiar distante inmóvil astro

con vaga mancha luminosa, rastro
de dudoso fulgor,
así, por mi conciencia reflejada,
en su fondo tu imagen resplandece;
pero es borrosa mancha que carece
de líneas y color.

En el silencio de la noche arrulla
una voz cadenciosa mis oídos
que contando del pecho los latidos
uno por uno va...
y aquella voz monótona es la tuya,
y á cada breve pulsación que resta
—«quizás, murmura el alma, quizás esta
la postrera será...»

Y te llamo y tu voz no me responde...
¡Oh! si entonces su curso precipita
mi sangre, no es por miedo; es que la irrita
tu silencio cruel.
Informe niebla que el abismo esconde
cernerse miro, velo misterioso.
¿Es la noche?... ¿Es un cielo esplendoroso
lo que hallaré tras él?...

¿Por qué ocultarte así? ¿Temes mi espanto?
¿Qué horrores brotan de tu faz desnuda
que puedan igualarse al que la duda
 inspira á la razón?...

Y aunque tu horror ¡oh esfinjel fuera tanto,
¿por qué velarlo á la mirada mía
si en vano para huirte buscaría
 alas el corazón?...

Pero no; con tu sombra impenetrable
no puedes encubrir horror mezquino,
sino hermosura de esplendor divino
 que en sueños presentí.

Bien haces: que el espíritu, incurable
impaciencia de amor sintiera al verte
y el largo plazo abreviaría ¡oh muertel
 para volar á ti.

*
* *

—«Has de morir:» mi madre con ternura
dijo y al cielo señaló creyente.
El alma, sus palabras, inocente
 sin comprender oyó.

Más tarde, en noche de aflicción oscura
á su yerto cadáver abrazado,
la frase aquella recordé aterrado
y el alma comprendió.

—«Has de morir:» me dijo la primera
flor que perdió en mis manos su perfume
y ese fuego en que cruje y se consume
la encina secular:
y la torre gigante y altanera
que el tiempo grano á grano desmorona,
y el cielo cuando breve lo abandona
la luz crepuscular.

Todo peligro próximo ó lejano
que amenaza este cuerpo deleznable;
todo placer fugaz y variable
me lo dice también:
y el dulce sueño, de la muerte hermano,
y el nevado sudario del invierno,
y de la inquieta péndola el eterno
compasado vaivén.

El sér á quien amamos y se aleja

para más no volver: el ronco estruendo
del irritado piélago pidiendo

algo que destruir:

cada ilusión ingrata que nos deja:

y cuanto tiene forma y movimiento:

y esta sed de reposo que en mí siento

me dice:—«Has de morir.»

*
* *

Cúmplase la sentencia ¡oh misteriosa
callada sombra que á mi cuerpo unida
persiguiéndome vas! la inútil vida
entrego á tu poder.

Mas ¡ay! que tú con otros cariñosa,
obediente á la ley que nada altera
de un destino fatal, ruda y severa
conmigo habrás de ser.

Mi muerte no será la del guerrero
que en el sordo fragor de la batalla,
cuando los pechos inflamando estalla
el cántico triunfal,
saluda alegre con el rojo acero

al victorioso lábaro y no siente
huir la vida con la sangre hirviente
por la herida mortal.

No será la del genio que á profunda
luminosa abstracción el alma entrega:
que al límite impensado por fin llega,
sin despertar aún;
y la inspirada frente moribunda
sobre el abierto libro reclinando,
se aduerme al eco melodioso y blando
del aplauso común.

Ni la del monje austero que el cansado
cuerpo en estrecha celda martiriza
con ciega fe y aventada la ceniza
de apagado volcán;
que vive de la muerte enamorado
porque su enigma á descifrar aprende,
y que al verla llegar, hacia ella tiende
los brazos con afán.....

No; de mi vida el término presiento
cual ella oscuro y fatigoso; en vano

en pos de un ideal siempre lejano
lucharé con valor.

No halagará mi espíritu el acento
que anuncie la victoria en su partida;
toda esperanza ya desvanecida,
moriré con dolor.

Caeré sin fuerza en la marcial palestra,
sin escuchar aplauso lisonjero,
sin leer con la fe del monje austero
de la sombra á través.

En ignorada soledad siniestra,
sin que mi mano estreche mano amiga,
cruel me espera la postrer fatiga
y el olvido después.

*
* *

Muerte, callada muerte, si es posible
del golpe inesperado el curso ciego
torcer, escucha y muévate mi ruego
una vez á piedad.

No pido que lo aplaces; la invisible

guadaña esgrime, el corazón espera
sin cobarde temor; mas no quisiera
morir en la ciudad.

No quisiera morir en la tristeza
de esta cárcel, más lóbrega y más fría
que aquella fosa en que á tu voz un día
mi cuerpo ha de caer.

A ti vaya, inmortal Naturaleza,
sombria ó dulce mi postrer mirada:
si tú no la recoges, madre amada,
¿quién la ha de recoger?...

Del dilatado cauce por el fondo
que enloda repugnante podredumbre,
se agita la compacta muchedumbre
con rapidez fatal;
mar de negro oleaje que en el hondo
y amargo seno encubre inexplorados
precipicios y mónstruos engendrados
por el genio del mal.

Mar que á los cielos irritado amaga
y que escupe convulso el propio cieno

cuando romper el necesario freno
intenta en su altivez;
mar en que débil la virtud naufraga
y en que medroso el corazón sencillo,
como la perla, oculta el claro brillo
en densa lóbreguez.

No conturbe el espíritu que libre
desplegue ya para volar sus alas,
la voz ¡oh mar! en que impotente exhalas
tu cólera tenaz.

No en mis oídos angustioso vibre
de tus clamores el rumor doliente
desacordado y digno solamente
de esta vida fugaz.

Rumor que funde el ¡ay! del pordiosero,
la carcajada estúpida del vicio,
la queja del que al hondo precipicio
rodó con su ambición,
el reto de procaz aventurero,
el falso juramento, el torpe coro
de la calumnia, el resonar del oro,
la vil adulación...

Madre naturaleza, en ti fallece
ese opaco rumor, y con serenas
consoladoras armonías llenas
agreste soledad.

El puro aliento que las frondas mece
y en que tu voz palpita soberana,
hábleme al espirar de una cercana
soñada libertad.

Pueda abarcar extensos horizontes,
de luz sedienta, la mirada ansiosa;
no se apague en la noche pavorosa
de la angosta prisión;
y el sol rojizo al trasponer los montes
lleve á mi sér consoladora idea
de un sol que muere aquí, pero alborea
en distante región.

Sienta yo la corriente de la vida
circular fecundando la materia
como la roja sangre que la arteria
conmueve al resbalar:
vea cómo á su paso estremecida
resucita la flor, cómo la pálida

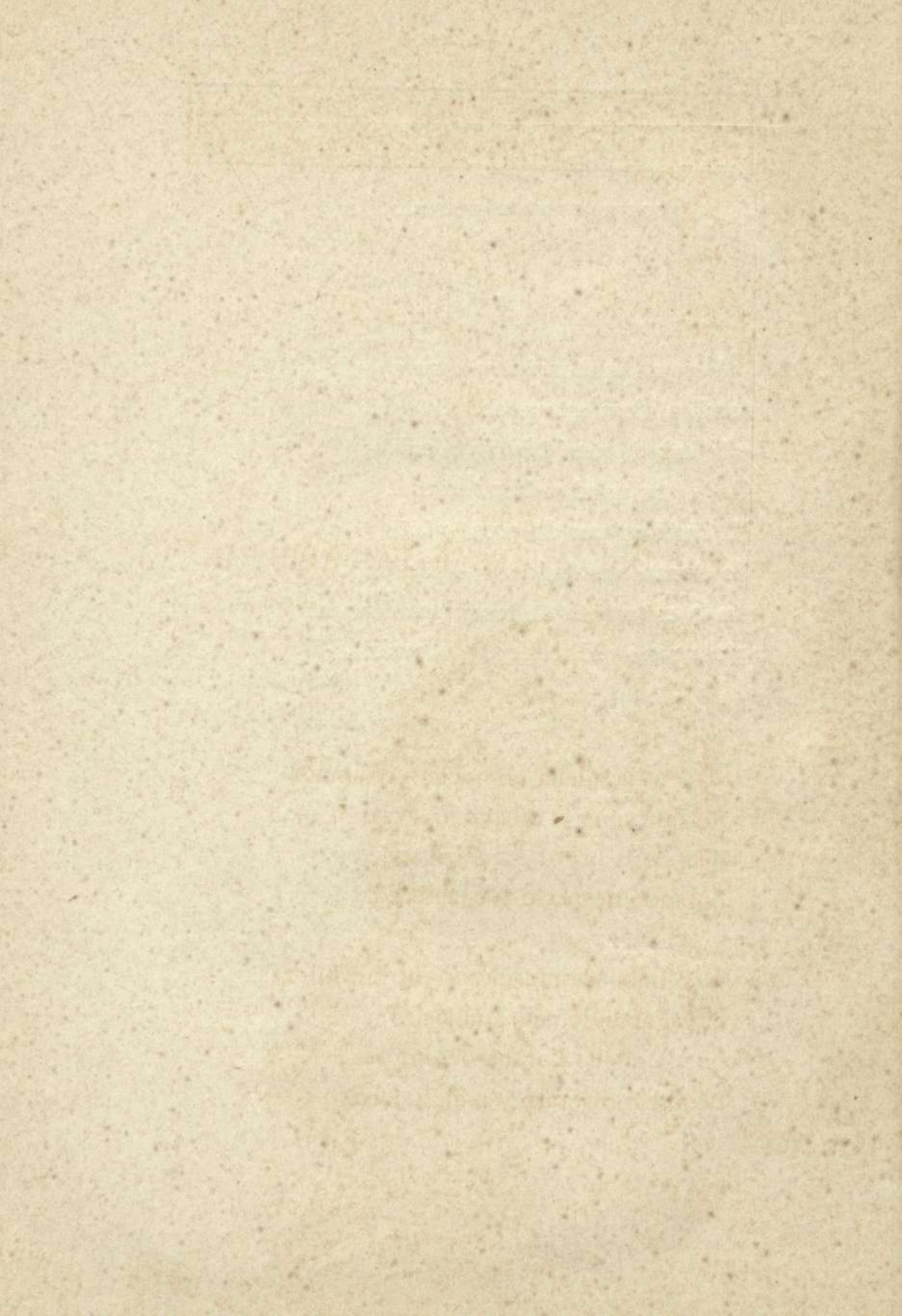
llanura reverdece y la crisálida
comienza á despertar...



Pero aunque muda y á traición la fría
sombra hiera este pecho dolorido,
sólo sabré, con labio agradecido,
su nombre bendecir...

Al caminar por dolorosa vía
de eterna cruz bajo el pesado leño
sin la esperanza de morir ¿qué ensueño
¡pobre mortal! te hiciera sonreir?..







XIX

POR QUÉ AMARGAN LAS ADELFA

SOÑÓ la adelfa en noche perfumada
(lo que soñó la adelfa no se sabe),
mas de la luz al ósculo süave
llorando despertó y enamorada.

Y hubo de murmurar entre las flores
el vagabundo céfiro indeciso
que la adelfa lloraba desamores
de algún distante y pálido narciso.

Entonces, de amistad consoladora
emblemas eran y de mutuo celo,
las abejas de pardo terciopelo
y las adelfas de color de aurora.

Ruborosa y temblando así decía
á una abeja la flor con tono amante:
—«¡Lleva, por Dios, mi llanto, hermana mía,
á aquel narciso pálido y distante!»

Luego que de su dulce compañera
libó zumbando el néctar lacrimoso,
el bullidor insecto luminoso
batió sus alas susurrando:—«¡Espera!»

Contando por latidos los instantes
quedó la pobre adelfa. De improviso
vió á la abeja con alas chispeantes
acariciar al pálido narciso.

Sintió primero tímidos recelos,
luego en celos amargos convertidos:
siguió contando instantes por latidos
y siguió desangrándose de celos.

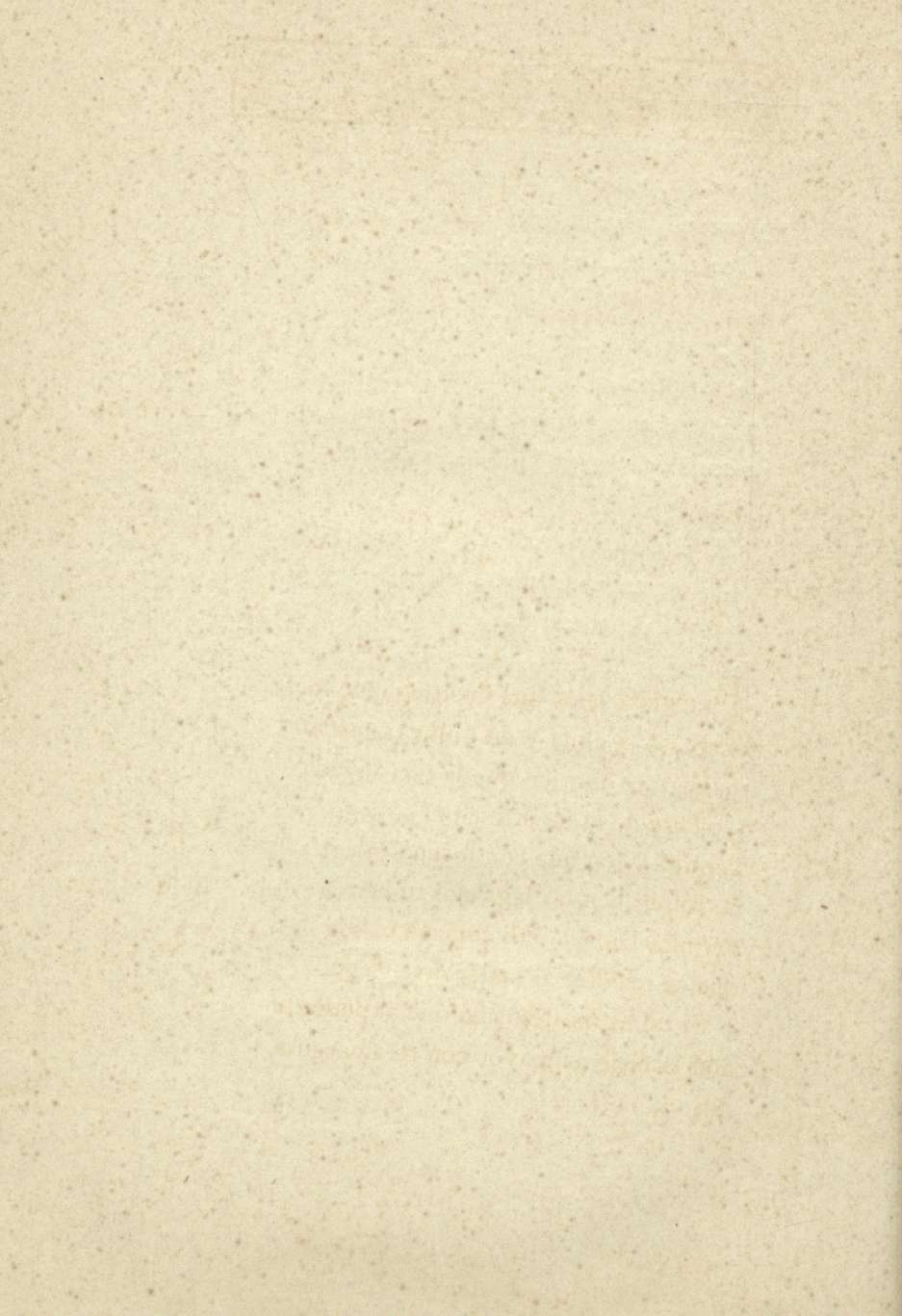
Su vida por la herida destructora
á borbotones escapar sentía,
y con el dulce instinto del que llora
á los cielos su frente dirigía.

Creció la noche: y al brillar incierta
del véspero la lumbre desmayada,
la solitaria flor enamorada,
cansada de esperar, estaba muerta.

Y el céfiro entre flores y entre espigas
hubo de murmurar en son de duelo
que son de las adelfas enemigas
las abejas de pardo terciopelo.

Por eso las adelfas, con desvío,
huyendo de amistad engañadora,
entre sus hojas de color de aurora
envenenan las gotas del rocío.







XX

PERMITA Dios que inextinguible fuego
te abraze el alma y de dolor transida
maldiga el hora en que la dieron vida
y piense de la muerte en el sosiego.
Permita Dios que con fecundo riego
no refresquen las lágrimas tu herida.
Permita Dios..... ¡Mi corazón olvida
que se maldice al maldecirte ciego!

Si tal es mi desdicha que al perderte
aún la hicieras mayor con tu amargura

y padeciera yo con tu castigo,
¡permítame Dios que la voltaria suerte
derrame en tu existencia la ventura
que ví entre sueños y que huyó contigo!





XXI

UN beso dulce y cálido
que muere al estallar,
cual de la espuma el ósculo
que á las arenas da.....

Una sonrisa cándida
de breve claridad,
cual fugitiva púrpura
de luz crepuscular....

Una mirada rápida
que espira al germinar,
y dura lo que súbito
relámpago fugaz.....

Suspiro melancólico,

que adelantando va
de los alados céfiros
al raudo resbalar.....

Tibia amorosa lágrima
que sólo vivirá
lo que en nevados pétalos
rocío matinal.....

.....

Estas cosas y aun otras
más breves, mucho más,
en forma de recuerdo,
llenar la eternidad.





XXII

DE ese amor, que cual lámpara sagrada
ante su imagen arde temblorosa
por la sangre del alma sustentada,
no me pidáis la historia dolorosa;
nacida sólo fué para olvidada.

Flores oí nombrar desconocidas,
que en el fondo del lago germinando,
por un silencio eterno adormecidas,
van sus pálidas hojas desplegando.
Nunca del sol el ósculo reciben:

no su flexible tallo balancean
templadas auras con suspiro blando,
ni en círculos de luz revolotean
en su torno encendidas mariposas,
ni al espejo de músico arroyuelo
doblar la frente pueden orgullosas.
La vida de esas flores misteriosas
es muy triste, en verdad: espeso velo
de tinieblas eternas las circunda,
y si sueñan las flores con el cielo,
como los hombres sueñan, entristece
verlas dormir en soledad profunda,
menos felices, flores sin aroma,
que la amarilla que en las tumbas crece.

Ocultando esas flores en su seno,
su azulado cristal extiende el lago,
y de la brisa al perezoso halago
parece sonreír siempre sereno.

¡Ay de esas pobres flores sin ventura
si las arranca mano compasiva
de su prisión oscura!...
La luz marchitaría su frescura.

Dejad, señora, que en silencio viva
por la sangre del alma sustentada,
esa llama de lámpara sagrada
que ante su imagen temblorosa arde.
No arranquéis esa flor que el lago oculta...
¡Siempre la luz recibirá ya tarde!



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

5720 S. UNIVERSITY AVENUE

CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3700

FAX: 773-936-3700

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

WWW: WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU



XXIII

EL ELEFANTE BLANCO

(DE FLORIÁN)

PUEBLO existe en el Asia que venera
al elefante blanco, cual si fuera
de una raza inmortal;
su cuadra es un palacio; y por decoro,
hunde para comer, en vasos de oro
la trompa colosal.

Nunca con peso vil se le fatiga,
ni el cornac reverente le fustiga,
ni le riñe su voz.

Dóblase, al verlo, la rodilla en tierra,
y en su defensa el indio va á la guerra
con júbilo feroz.

Uno de estos cuadrúpedos benditos,
sin leer Pitagóricos escritos
profundo pensador,
hubo de preguntar en la divina
asiática lengua elefantina
al negro conductor:

—«¿Cúya la causa es, cúyo el motivo
de que viva adorado, mas cautivo,
en vuestra sociedad?»

El indio respondió con fe sencilla:

—«¡En verdad, gran señor, me maravilla
tu excesiva humildad!

Nuestros sabios lo dicen. ¿Quién ignora
que el alma de algún héroe vive ahora
en tu rugosa piel?...

El noble sér que en ella se guarece,
poderoso señor, di si merece
que se le adore fiel?...»

—«Ola! ¿Conque por hombres se nos tiene
y por eso no más se nos retiene
con tal solicitud?...

Pues óyeme, y saliendo de tu yerro,
terminará mi espléndido destiero,
mi regia esclavitud.

Los elefantes somos, aunque fieros,
cariñosos y humildes, no altaneros
con el humano sér.

Aunque por nacimiento poderosos
y valientes, al débil, generosos,
nos ves compadecer.

No mentimos jamás: y con sereno
alegre corazón el bien ajeno
miramos sin dolor.

La pasión no nos ciega ni enloquece,
y el amor, en nosotros, obedece
las leyes del pudor.

El torpe incienso del linaje tuyo
no trueca mis virtudes en orgullo,
como dijiste ya.

Y muchas cosas más de nuestra casta
decir pudiera... mas lo dicho basta.
Apellidarnos hombres ¿quién podrá?





XXIV

Y VIÓ QUE ERA BUENO

Et Deus vidit quod esset bonum.

Y sin embargo hay aves de lastimero canto:
con melodioso llanto
la entristecida tórtola se queja sin cesar.
¡Dios mío! En el concierto que de los bosques brota,
aquella opaca nota
¿no pudo tu clemencia sin límite apagar?..

En sus entrañas lleva la nube ennegrecida
el agua que da vida
y el misterioso germen de ciega destrucción. .

¿Por qué enfrenar no quiso tu diestra poderosa
la sierpe luminosa
que abortan las tinieblas con súbita explosión?

Del mar que se dilata sonoro y palpitante
bajo el cristal brillante
¡Oh, Dios! ¿cómo el abismo devorador no ves?
¿Por qué del manzanillo los brazos engalanas
con hojas que lozanas
derramen fresca sombra, si ha de matar después?

La misma oculta fuerza que el mundo vigoriza,
el yugo antojadiza
esquiva y amenaza rugiendo en el volcán...
Del río que hoy fecunda la tierra sosegado,
mañana por el prado
las desatadas ondas la muerte llevarán...

Hay flores cuyo cáliz guarda licor insano...
El fétido pantano
sus linfas envenena con pérfida quietud...
La voz que en el desierto el huracán levanta
el exterminio canta...
De la elevada cima despréndese el alud...

El buitre carnicero persigue á la paloma...
Entre la hierba asoma,
como en constante acecho del pájaro, el reptil...
Al pez, bajo las olas, devora la ballena...
En su mortal faena
con tenues hilos teje la araña red sutil...

¡Señor! Cuando la tierra, cual virgen desposada,
de flores coronada,
el seno palpitando de vida y de placer,
á la primer aurora de su tranquilo cielo,
el importuno velo
de las espesas sombras dejó, por fin, caer;

Cuando surgió radiante de espléndida hermosura,
contento de tu hechura,
en ella detuviste los ojos con amor;
y en su embriaguez no vieron que ya sobre su frente
batía tristemente
sus alas silenciosas el ángel del dolor.

Mas... ¡Oh supremo artífice! ¡Oh Padre justo y sabio!
perdona si mi labio,
por débil ó por torpe, dudó de tu bondad...

El astro que, en su aurora, surcar el hondo abismo
mirabas, era el mismo
que tu fecunda mente pensó en la eternidad.

Porque soñado habías al hombre, ese gigante
esclavo que arrogante
sacude sus cadenas retando tu poder,
y Tú necesitabas un punto en el espacio
que cárcel y palacio
á un tiempo mismo fuera de tan extraño sér.

Un mundo en que luchara la noche con el día
el limo te daría
donde encerrar pudieras su espíritu inmortal;
su espíritu incansable, que á imagen de la tierra,
en misteriosa guerra
agita el bien luchando sin tregua con el mal.

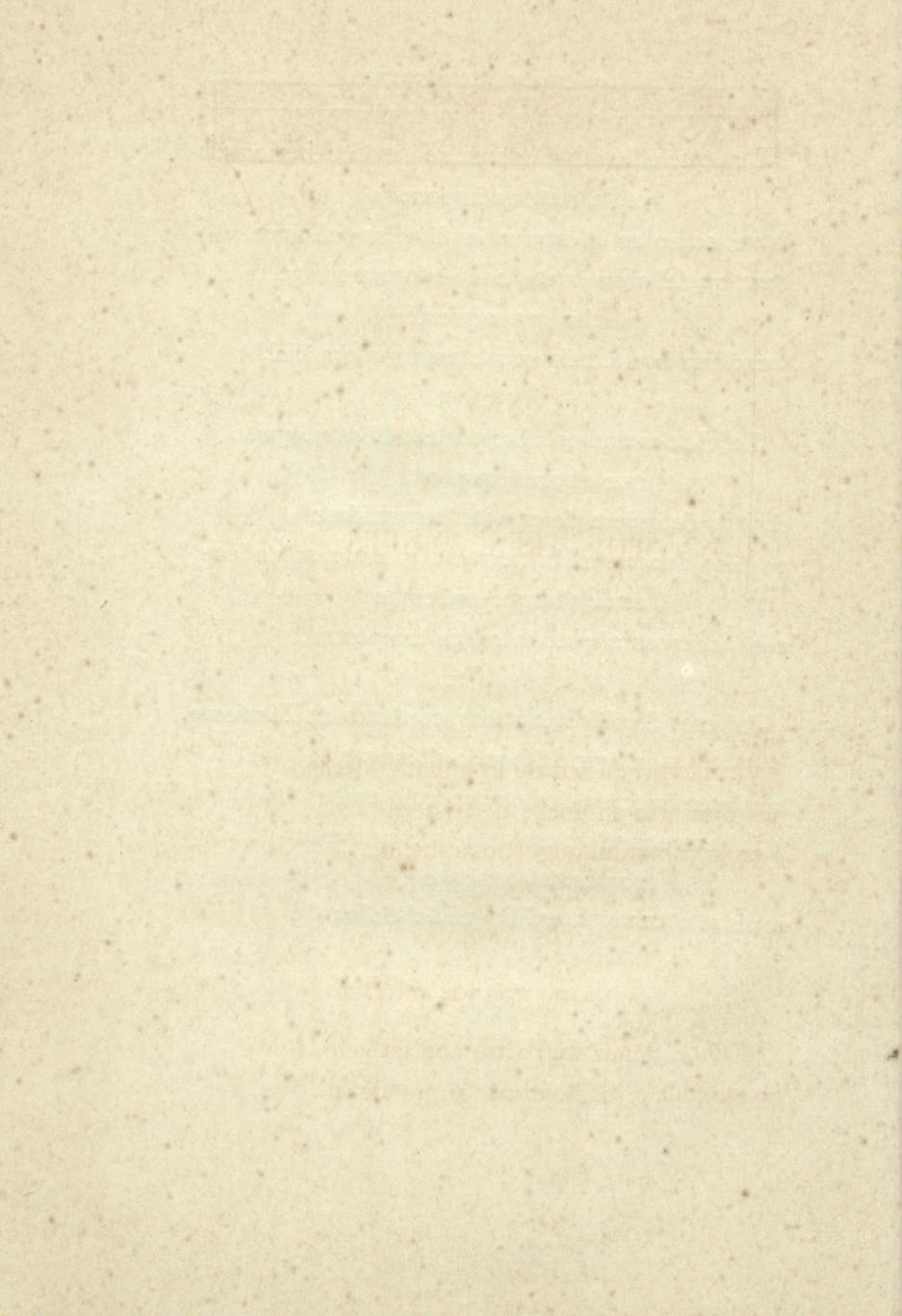
¡Oh Dios! En tus velados designios dispusiste
que por la senda triste
de la existencia humana llegáramos á Tí.
¿Qué importa al peregrino la miserable tienda
que á orillas de la senda
ocupa breve instante? Su patria no está allí.

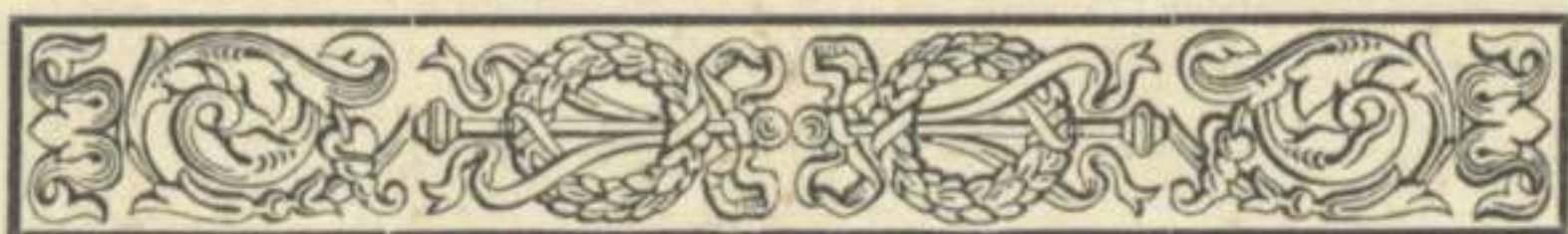
Para que el hombre busque sediento tu hermosura,
 en la materia impura
la ve, como en la estatua las huellas del cincel.
Para que el alma sueñe con su futura suerte,
 tu sabia mano vierte
mezclada con el bálsamo la amargadora hiel.

La vida es una prueba: por eso Dios no quiso
 que eterno paraíso
el paso detuviese de errante humanidad:
por eso aunque en la tierra su gloria resplandece
 es tienda que estremece
con poderoso aliento la ronca tempestad.

Por eso ¡Oh Dios! mirabas, contento de Tí mismo,
 surgir del hondo abismo
la virgen evocada por tu supremo amor,
y al verla sonreías, en tanto que su frente
 rozaba tristemente
con sus oscuras alas el ángel del dolor.







XXV

LOS TRES AMORES

EL HOMBRE

ARDIENTE en sed de lo infinito, al cielo
mis ojos alzo en noche de tristeza
y nada calma mi angustioso duelo...

LOS ÁNGELES

(ANTE EL TRONO DEL ALTÍSIMO)

¡Cubre, Señor, tu rostro con un velo,
no aniquile á los hombres tu grandeza!...

EL HOMBRE

Cuanto el mundo me ofrece es limitado.
¡Flores que viven rápidos segundos!...
¡Sombras que impele Noto desatado!...

LOS ÁNGELES

¿Quién digno como Tú de ser amado?
¡Llena tu amor los siglos y los mundos!

EL HOMBRE

¡Señor!.. ¡Yo te adivino... te presiento!...
¡Ley es tu amor que las demás concierta!...
¿Mas cómo, pobre, débil y sediento
podré llegar á tu inmortal asiento?...

CRISTO

Lázaro!.. ¡Ven á mí!.. ¡Surge!.. ¡Despierta!..



EL HIJO PRÓDIGO

(EN EL DINTEL DEL HOGAR PATERNO)

En hora ingrata, con ardor impío,
traspasé los umbrales á que llamo,
con dolor, con vergüenza y con hastío.

EL PADRE

No en vano supliqué. ¡Gracias, Dios mío!
¡Venga á mi seno el hijo que más amo!

EL HIJO

Cansado siempre... triste y miserable,
¡cuántas veces, en lágrimas deshecho,
de este hogar recordé la paz amable!

EL PADRE

Hijo: la dicha verdadera, estable,
se ampara sólo del paterno techo.

EL HIJO

Indigno soy de hollar la bendecida
feliz mansión cuya pureza empañó...

EL PADRE

Nunca en ella el rencor tuvo cabida.
¡Pastores! ¡Inmolad á su venida
la cordera mejor de mi rebaño!



LAS SOMBRAS DE LOS HÉROES GRIEGOS

(RODEANDO Á LEÓNIDAS AGONIZANTE)

¡Surca ya del Elíseo la ancha zona,
pues en tus sienes el laurel destella
con que la patria al héroe galardona!

LEÓNIDAS

¡Dióme ella vida!.. ¡El alma no ambiciona
laurel más alto que morir por ella!

LAS SOMBRAS

Vive ya con la vida de la historia.
A más clara región levanta el vuelo
y al mundo deja sólo tu memoria...

LEÓNIDAS

¡Privad, dioses, mi nombre de la gloria,
mas no mis huesos del nativo suelo!

LAS SOMBRAS

De hoy más, tu noble patria enaltecida,
envidia dando á los soberbios reyes,
dirá que mueres por ganar la vida,
por escalar altura merecida...

LEÓNIDAS

¡Decid que muero por cumplir sus leyes!

EL GENIO DEL ERROR

(DESDE LAS RUINAS DE PARÍS)

Duda, mortal, y adora la sombría
esfinge de la nada. Mata y muere.
¡Templo y hogar y patria desafía!...

LA HUMANIDAD

¡Dómine!.. ¡Miserere!... ¡Miserere!...

LA VOZ DE LA HISTORIA

¡El hombre marcha; pero Dios le guía!





XXVI

PEREZA

NO de rizosas plumas el mullido
cómodo lecho mi pereza ansía,
sino de blando césped en la umbría
fresca arboleda solitario nido:
un cielo azul: el lento y sostenido
gotear de la fuente en la vacía
sonante roca y el olor que envía
el pino por las auras removido.

Broten luego al caer el sol poniente,

creciendo con las sombras el reposo,
del ruiseñor las trémulas escalas,
y entornará mis ojos dulcemente
ese sueño tranquilo y misterioso
en que á la mariposa nacen alas.





XXVII

DESPOTISMO MATERNAL

CUANDO Rosa tenía quince años, su madre le decía:

—«Hija mía, no bajes á la reja para hablar con aquél.»

Y Rosa murmuraba en son de queja:

—«¡Qué madre tan cruel!»

—«Habla, ya que tu mano le destinas, con él, por un balcón.»

—«¡Está tan alto!... Y luego, las vecinas...
(¡Qué poca compasión!)»

—«De lo que escuches, aunque mal te cuadre,
no creas la mitad.»

—«¡No creerle!... (Señor; ¡pero mi madre
no ha tenido mi edad!)»

.....

Años después, decía

Rosa á una niña que su voz oía,
también con impaciencia:

—«¡Si hablar á un hombre quieres, hija mía,
en voz alta ha de ser y á mi presencia!»





XXVIII

MAÑANA

CON la inocencia que desarma y vende
la primera pasión, incauto y ciego,
yo me quejaba del rigor que ofende
y que aviva su fuego.

Oyéndome su frente se encendía
con el rojo matiz de la amapola,
y al despedirme luego me decía:
«mañana estaré sola.»

Y así un día y un mes y más de un año
trascurrió; yo importuno, ella prudente.
Y aún estás, corazón, ¡oh dulce engaño!
esperando impaciente.....

Al separarme de ella en mis oídos
su halagadora voz quedaba impresa,
y era embriaguez del alma y los sentidos
la traidora promesa.

¡Cuántas noches pasé, bajo el encanto
nacido de aquel labio mentiroso,
esperando un mañana que entretanto
me hacía ya dichoso!

¡Cuántas pasé de locas bendiciones
colmando en mi candor á la fortuna
y del reloj las lentas vibraciones
contando una por una!

¡Mañana!... murmuraba, de su acento
recordando las notas de amor llenas;
y era fuego en mi frente el pensamiento
y la sangre en mis venas.

Como el avaro que en la noche oscura
recuenta su caudal ávidamente,
así yo repasaba su hermosura
en mi abrasada mente.

El breve pie, la mano delicada,
los luengos rizos negros y sedosos
besaban en la sombra recatada
mis labios ardorosos.

Su voz de timbre seductor y blando,
sus ojos grandes de pudor inquietos,
mi sér enloquecían, revelando
dulcísimos secretos.

Tal vez de mi pasión en los antojos
su belleza aumentaba peregrina,
que siempre excede á lo que ven los ojos
lo que el alma adivina;

Pero de aquel tesoro único dueño
era merced á crédula esperanza.
¡Oh placer! nunca fuiste más risueño
que visto en lontananza. .

Por fin, cuando las aves ya despiertas
anunciaban la luz del nuevo día,
se cerraban mis ojos, y sus puertas
el paraíso abría.

.....

Mucho tiempo ha pasado. De repente
nos separó con rápida oleada
la vida: yo la ví por su corriente
huir arrebatada.

No supe de ella más; perdí su huella;
pero en secreto el corazón me avisa
y sé que á veces á la historia aquella
concede una sonrisa.

Mucho tiempo ha pasado; muchas cosas
voy olvidando ya; pero aún impresa
llevo en mi sér con letras luminosas
su traidora promesa.

Y cuando en otros brazos he creído
la ventura encontrar apasionado,

un recuerdo tenaz me ha entristecido;
el del placer soñado.

¡Oh mujer! En tu ciega inexperiencia
con gratitud mi espíritu te admira,
porque ha sido el placer de mi existencia
esa dulce mentira.

Dando al engaño generoso empleo
resolvió tu candor el más sombrío
problema, pues hicistes que el deseo
triunfara del hastío.

Tu voz, por eso, el corazón agita
más tentadora cuanto más lejana
¡oh mujer! porque el hombre necesita
junto al sepulcro murmurar: «mañana ..»



1862

Received of the
Honble Secy to Govt
of Madras
the sum of Rs 1000
on account of
the salary of
the Secy to Govt
for the month of
April 1862



XXIX

TIENE la bella
por quien padezco
blanca la frente,
negro el cabello,
los ojos grandes
y el pie pequeño;
pero no sé, no sé si tiene el alma
de nieve ó fuego.

Cuando la pena
que me enloquece
la digo, me oye
riendo siempre:

sus carcajadas
¡ay! me entristecen
y exclamo con dolor:—«En ese alma
no hay más que nieve.»

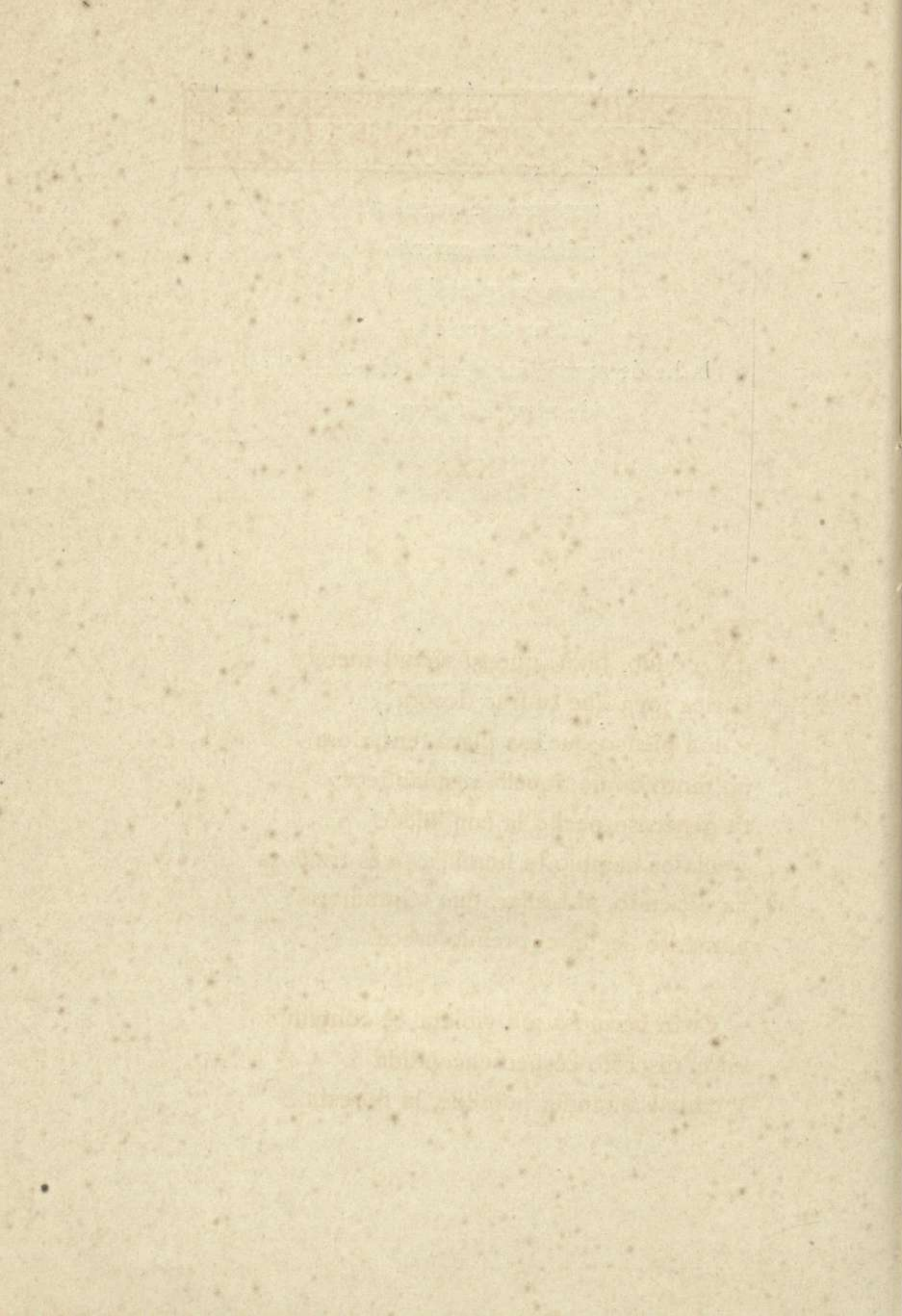
Desesperado
de ella me alejo,
y entonces calla,
y entonces veo
sus ojos grandes
brillar de celos,
asomando á su frente, de su alma
oculto fuego.

Y de este modo
miro impaciente
huir pesares
que luego vuelven,
y á veces dudo
y espero á veces,
sin lograr descubrir si tiene el alma
de fuego ó nieve.

Con tal, Dios mío,

que, en el silencio,
aunque me mientan,
mire un momento
sus ojos grandes
brillar de celos,
la he de amar sin saber si tiene el alma
de nieve ó fuego.







XXX

No dudo, Juan, que tu virtud merece
la rica joya que tu frac decora,
y aun pienso que esa placa tentadora,
no tanto como aquélla resplandece:
tu generoso pecho la ennoblece
y ella en cambio te humilla. pues traidora
va diciendo, al brillar, que se aminora
el mérito según el premio crece.

Cuán hermosa ¡oh violeta! te contemplo
en el discreto césped encondida
y embalsamando, humilde, la floresta...

Bien sé que me dirás: «¿Y el buen ejemplo?...»
Pues si pretendes ver reproducida
en otros tu virtud, hazla modesta.





XXXI

TRASMIGRACION

SI es cierto que el alma deslízase errante
y unida á la inerte materia se agita,
aun antes que al cuerpo del hombre ligada
comience á sufrir,

y oculta en la piedra su esencia un instante,
y luego en las hojas del árbol palpita
y vive en el bruto y en larga jornada
progresa sin fin;

á ser esto cierto, sin vana arrogancia
pudiera narrarte, pues eres curiosa,
del alma que habita tu cuerpo en clausura
la historia veraz.

Que aun guardas, voluble, la vaga inconstancia
de haber animado gentil mariposa;
la flor de la adelfa te dió su amargura,
y el mármol, frialdad.

Y es tanta mi ciega pasión, que pudiera
legar al olvido tu historia elocuente,
por más que tu pecho conserve resabios
cruelles de ayer.

Á ser esto cierto, mi amada, quisiera
vivir en las flores que adornan tu frente,
en esa paloma que bebe en tus labios,
latir en las piedras que huella tu pie.





XXXII

EPISTOLA A UN CIEGO

QUEDÓ al saberlo el alma entristecida
y parecióme oír lejano acento
que enviaba una eterna despedida.

¡Perder la luz! ¡Sentir en un momento
que con horrible ingratitud nos deja
cuanto amamos en lóbrego aislamiento!...

Ya tu inmóvil pupila no refleja
tu pensamiento; del cristal oscuro
hasta tu propio espíritu se aleja...

Lentamente, apoyándote en el muro
avanzarás ahora, que tu paso
ya es para siempre débil é inseguro.

La negra noche envidiarás acaso,
que nunca falta en ella, por sombría,
de alguna estrella el resplandor escaso:

y hasta el reflejo cárdeno que envía
la tempestad y á los demás aterra,
¡pobre ciego! tu noche alegraría...

No es la muerte, es peor: bajo la tierra
descansa el hombre; pero tú, oprimido
por angosto sepulcro que te encierra,

sientes que llega á ti, no interrumpido,
de la vida el constante movimiento,
el calor, el perfume y el sonido.

Como al caer exánime y sediento
en ardiente arenal el caminante
falso espejismo burla su tormento,

dando forma á esa vida palpitante,
fiel tu memoria aumentará tu pena,
traidora evocación del bien distante.

De tu desierto la movible arena
no tiene fin; extiéndese lejana
y en toda dirección el mundo llena:

bien sabes que el öasis de lozana
verdura no hallarás, ni bienhechora
vendrá á tu paso errante carabana.

¡Con cuánto afán recogerás ahora
todo leve rumor!... Por más que intentes
dominar ansiedad devoradora,

recuerdos de horizontes esplendentes
despertarán las aves con su trino;
las flores, con su aroma, sonrientes

paisajes y del viento vespertino
el ósculo suave, la grandeza
de un sol que ya no alumbra tu camino.

¡Cuán profunda y amarga tu tristeza!...
¡Hoy amarás cual nunca la hermosura
de esa ingrata cruel Naturaleza!...

Por eso, cuando á mí tu desventura
llegó por labio extraño referida,
sentí miedo pensando en esa oscura

prisión que te separa de la vida
y parecióme oír tu lastimera
voz enviando eterna despedida.

.....

Después, reflexioné. ¿Quién resistiera
tamaño desconsuelo, por sufrido,
si otra luz para el alma no existiera?

Ella compensará la que has perdido:
y pues la senda ya de la experiencia
en su trozo mayor has recorrido,

recibe como un bien esa sentencia
que al entornar tus fatigados ojos
á solas te dejó con tu conciencia.

Tiemble aquel que se oculta con sonrojos
de sí mismo y la sombra ve poblada
por los espectros del delito rojos,

no tú; de la conciencia sosegada
nace una luz más dulce y más tranquila
que el rosado claror de la alborada.

Hoy que no se refleja en tu pupila
el rostro de los hombres, di: ¿no sientes
que al juzgarlos, tu sér ya no vacila?

Esos hábiles rasgos elocuentes
que á su faz acomoda con acierto
el hombre, para ti son transparentes:

en abstracción perpetua, no al incierto
mudable gesto miras, y el engaño
por ojos que no ven es descubierto.

Si te obliga á buscar apoyo extraño
tu mal, para que puedas cauteloso
ir esquivando el invisible daño,

piensa si no es el cielo generoso
cuando la hija que te dió convierte
en ángel de tu guarda cariñoso.

Puro es su corazón, el tuyo fuerte
y doblemente os amaréis, pues doble
auxilio os prestaréis hasta la muerte.

Tú, de esa yedra vigoroso roble,
de su candor serás guía y defensa;
ella será tu apoyo firme y noble.

Su voz que vibra con ternura inmensa,
ráfaga que desciende luminosa
en lo profundo de tu sombra densa

y hace brotar, con realidad pasmosa,
el color y la línea, estos renglones
verterá en tus oídos melodiosa.

Como de aquel acento te abandones
al inefable encanto, no es creíble
que te venzan amargas reflexiones.

Yo sé que de tu pecho la temible
tristeza ahuyentará y el torpe anhelo
de la duda letal hará imposible.

Su labio te dirá que el negro velo
que ante tus ojos desplegó el destino
puede el mundo ocultar; pero no el cielo.

Y el bien perdido encontrarás mezquino,
y aprenderás que al corazón ofrece
todo humano dolor algo divino,

algo que purifica y ennoblece,
calor de una esperanza que no existe
más que en el pecho aquel que la merece.

Es nuestra débil condición. Por triste
que á sus ojos parezca esta morada,
el hombre á abandonarla se resiste.

Dichoso el que al final de su jornada
acercándose, logra lentamente
ir separando de ella su mirada,

y á medida que el término presente
más próximo, estos lazos uno á uno
ve aflojarse tranquilo y sonriente.

Así tú, poco á poco, el importuno
bullicio esquivas y la voz esperas
que ha de llamarte, sin temor alguno.

¡De cuántas ilusiones pasajeras
se desprendió tu sér en los umbrales
de esas tinieblas hondas y severas!...

Dentro de esas murallas que fatales
te cercan, aflojarse habrá sentido
tu corazón los lazos terrenales.

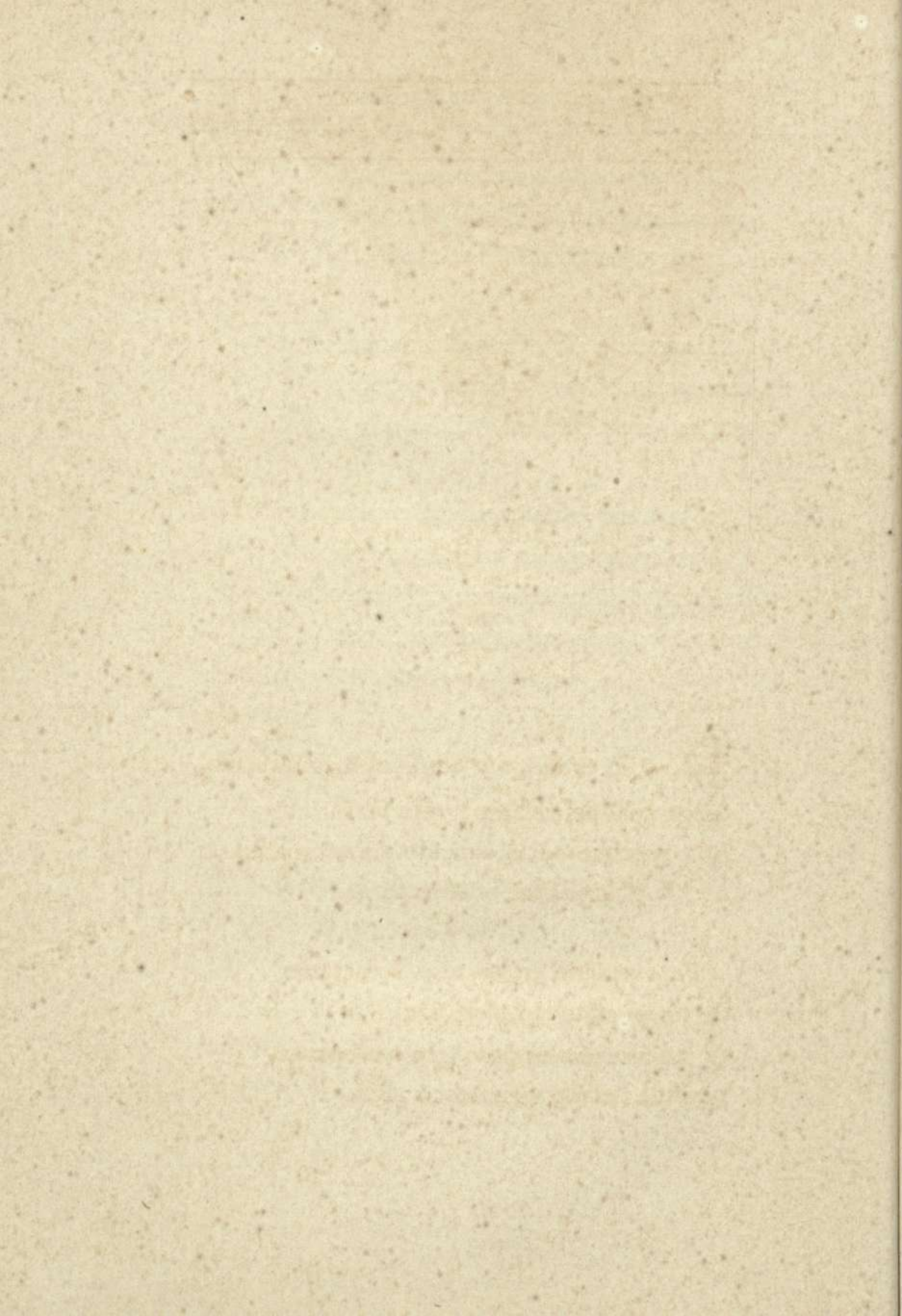
Por eso, cuando en vuelo no medido
se aproxime la muerte, sin violencia
dará tu pecho su postrer latido.

No opone dolorosa resistencia
quien antes ya, sin duelo y sin espanto,
la entregó la mitad de su existencia.

Envuelto en ese misterioso manto,
caro amigo, á mis ojos te apareces
con la aureola del martirio santo;

y ya á mi juicio compasión mereces,
ya me figuro que en augusta calma,
midiendo las tinieblas de mi alma,
eres tú quien á mí me compadeces.







XXXIII

ODIO

EL odio es fuego y como el fuego quema.
Ciega cual del relámpago la luz.
Los ojos que odian, cuando miran, matan.
¡Oh! ¡Si me odiaras tú!...

Pero cuando en las mías se detiene
de tus pupilas el reflejo azul,
tu indiferencia es peso que me oprime,
peso de helado gigantesco alud.

Y me atrevo á esperar y desespero
y dudo, y á esperar tornaré aún...
En tu odio la muerte encontraría
y en la muerte, quietud.

Y ¿quién sabe? Si en ti surgiera el odio,
clavado de tus iras en la cruz,
tal vez mi amor entonces comprendieras
medido con tu propia ingratitud.



Enamórase el niño de la estrella
y su empeño hace al hombre sonreír.
No sueño con tu amor: es imposible:
con adorarte, sí.

No sueño con tu amor, pero no puedo
la atracción poderosa combatir
que á ti me lleva, y cuando lloran, piden
mis ojos algo que me ligue á ti.

Brote en el manso lago fugaz onda;
breve sombra en tu frente de marfil;

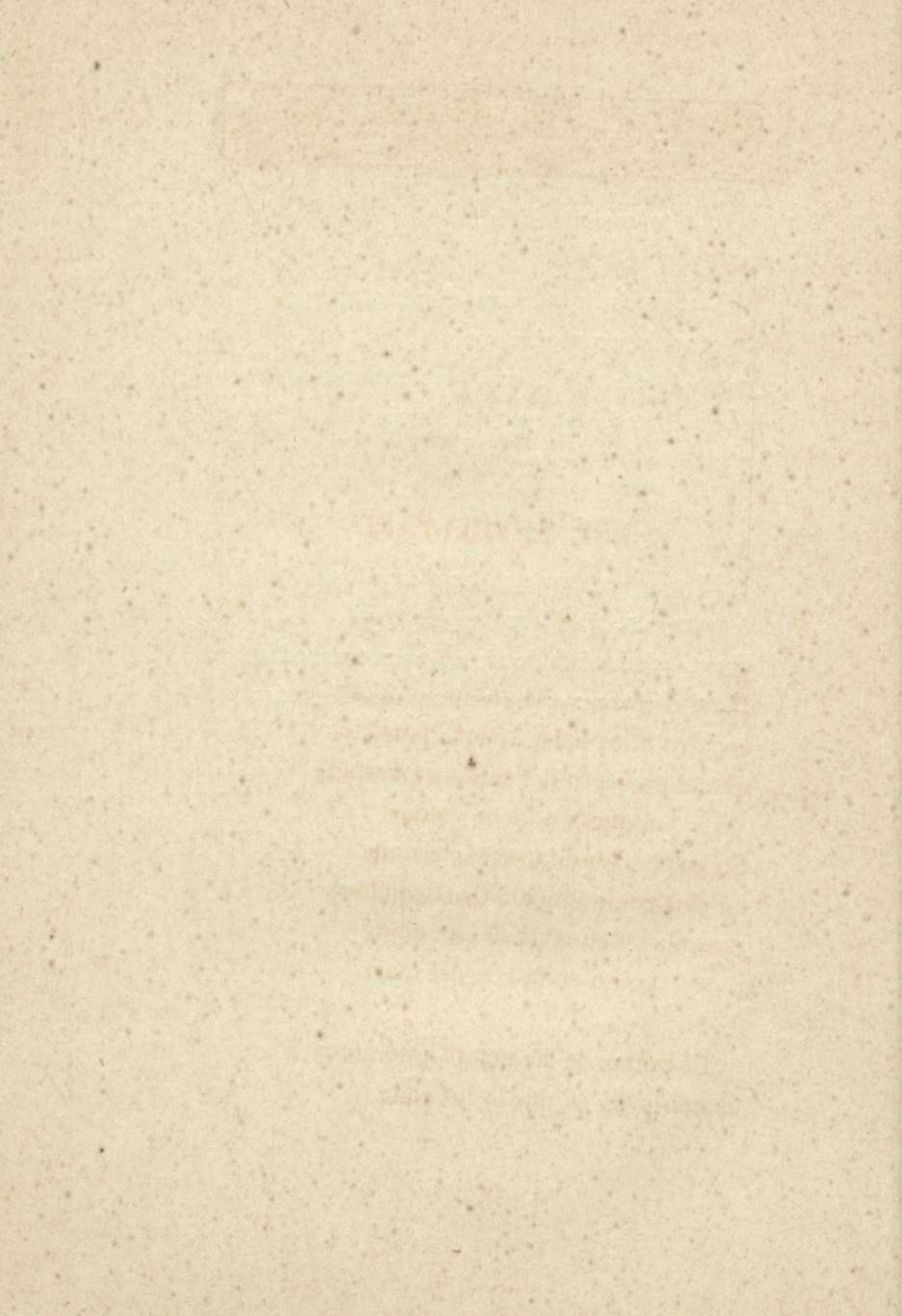
hablen tus ojos una vez; escuche
tu corazón latir...

Duerme bajo la nieve el rubio grano;
tu corazón acaso duerme así...
¿pero dónde está el rayo esplendoroso
que la dorada espiga hará surgir?



El odio es algo que las almas liga:
ó mata ó se trasforma en gratitud.
De otros me oirás decir: «¿por qué me odian?»
De ti, siempre: «¿por qué no me odias tú?»







XXXIV

DEL MURCIA-PARIS

Es el pueblo, ese anónimo poeta
esquivo á los halagos de la fama,
que el precepto del sabio no respeta,
el que hoy debe cantar.

Su inspiración indócil se derrama
en olas como el mar: Dios equilibra
esas olas y en ellas su voz vibra
como en la voz del mar.

El cantar de las masas ignorantes
es mariposa en que la luz riela

al temblar de sus alas chispeantes
el impalpable tul.

Al acaso nació, sin rumbo vuela,
y como el de la flor que inculta brota
quizá su germen de los aires flota
en la región azul.

Hoy al poder del genio se confunden
virtud y arte: en las márgenes del Sena
brotó un himno y los ecos lo difunden
de la fama veloz.

El corazón del pueblo, en que resuena,
contestará sin miedo ni arrogancia
al himno aquel, pues de la tuya ¡oh Francia!
sólo es digna su voz.

¡Hondo silencio reina en la murciana
desolada llanura!... Opacamente
doblando á muerto llora la campana
por el dolor común.

La musa popular dobla su frente.
¿Cómo cantar?... Las flores cubrió el cieno
y de la patria el lacerado seno
está sangrando aún.

Al germinar de nuevo los maizales;
cuando la tierra que hoy cubre á los muertos
comience á florecer, y los morales
recobren su verdor;
al madurar la fruta de los huertos;
cuando brille en los ojos la esperanza,
y el sol en los aperos de labranza
con alegre fulgor.

Al recortar la choza sobre el claro
horizonte su lábaro bendito;
cuando el amor á su celeste amparo
encienda el santo hogar,
y ese dulce reposo que el delito
envidia, en él, al terminar el día
encuentre el pobre, y torne la alegría
en él á retoñar.

Entonces, del rincón en que olvidada
hoy yace la guitarra triste y muda,
saldrá con nuevos lazos adornada
de risueño matíz,
y acariciada por la mano ruda
del huertano será, quien palpitante

la estrechará como á dormido infante
sobre el seno feliz.

En su caja, al calor del sentimiento,
se incuba el germen de leyenda extraña,
en ella late el malicioso cuento,
la religiosa fe,
el nombre popular, la heroica hazaña,
la gratitud que en el deber se inspira
y la frase de amor que se suspira
de oscura reja al pie.

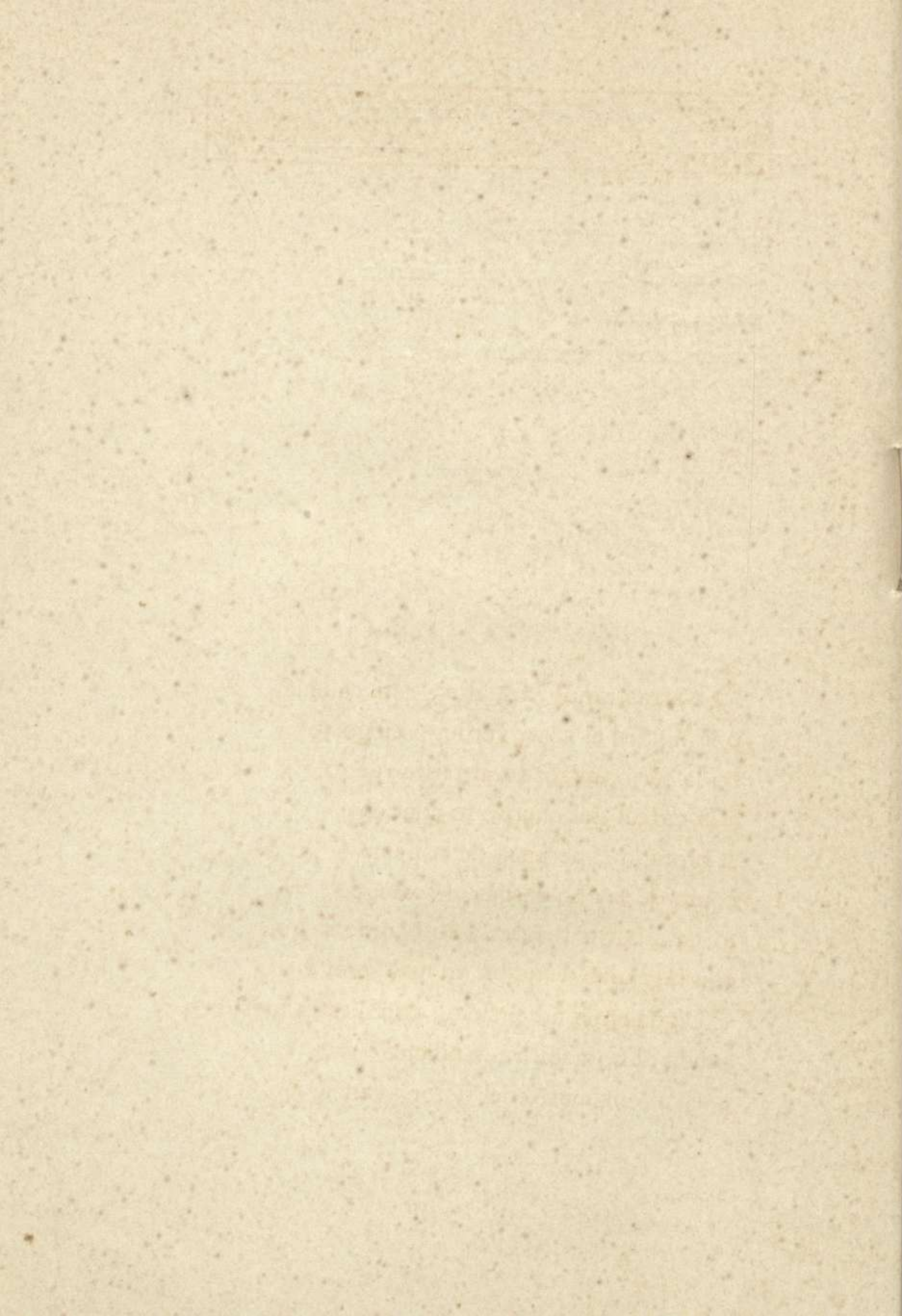
Murcia dará un lugar en sus cantares
á tu nombre ¡oh París! y de sonoras
notas como á sus héroes populares
un nimbo ceñirá.

Y en las ruidosas zambras, y en las horas
de nocturna velada repetido
con júbilo en el alma y bendecido
ese nombre será.

Así lo espero, pues así lo jura
la madre por el nido ya vacío,
por su implacable y negra desventura

el pobre labrador,
el huérfano inocente por el frío
desierto hogar, la virgen enlutada
por la esperanza de su amor robada
y un pueblo, hermano tuyo, por su honor.







XXXV

SI arrastrando vas, alma, esta cadena
por algo; si el azar, verdugo ciego,
no la forjó; ni sordo al triste ruego,
á la cárcel del cuerpo te condena;
si brota la esperanza de la pena
como de las borrascas el sosiego,
torna á llevar tu cruz y en blando riego,
con lágrimas de amor, tu mal serena.

Digna en la adversidad, con diestra fuerte
anuda al corazón rudo cilicio
y así al encuentro del dolor avanza.

Mas si la duda ya te hirió de muerte,
muere, porque el vivir es sacrificio
que sólo se merece la esperanza.





XXXVI

LAS ALMAS SOLAS

EN arenosas
inmensas landas
solas y mudas
brotan las palmas
como nacen al mundo silenciosas
las almas solitarias.

Brindando sombra,
frescura grata
siempre tendidas

están sus ramas;
pero ¡ay! que el caminante se detiene
breve momento, y pasa.

Ofrecen nobles,
dulce y dorada
fruta que extingue
la sed que mata;
mas nadie con el fruto generoso
ardiente sed apaga.

Cuando las mece
viento que abrasa
con voz sentida
gimen ó cantan;
pero á escuchar su voz nunca hizo alto
la errante caravana.

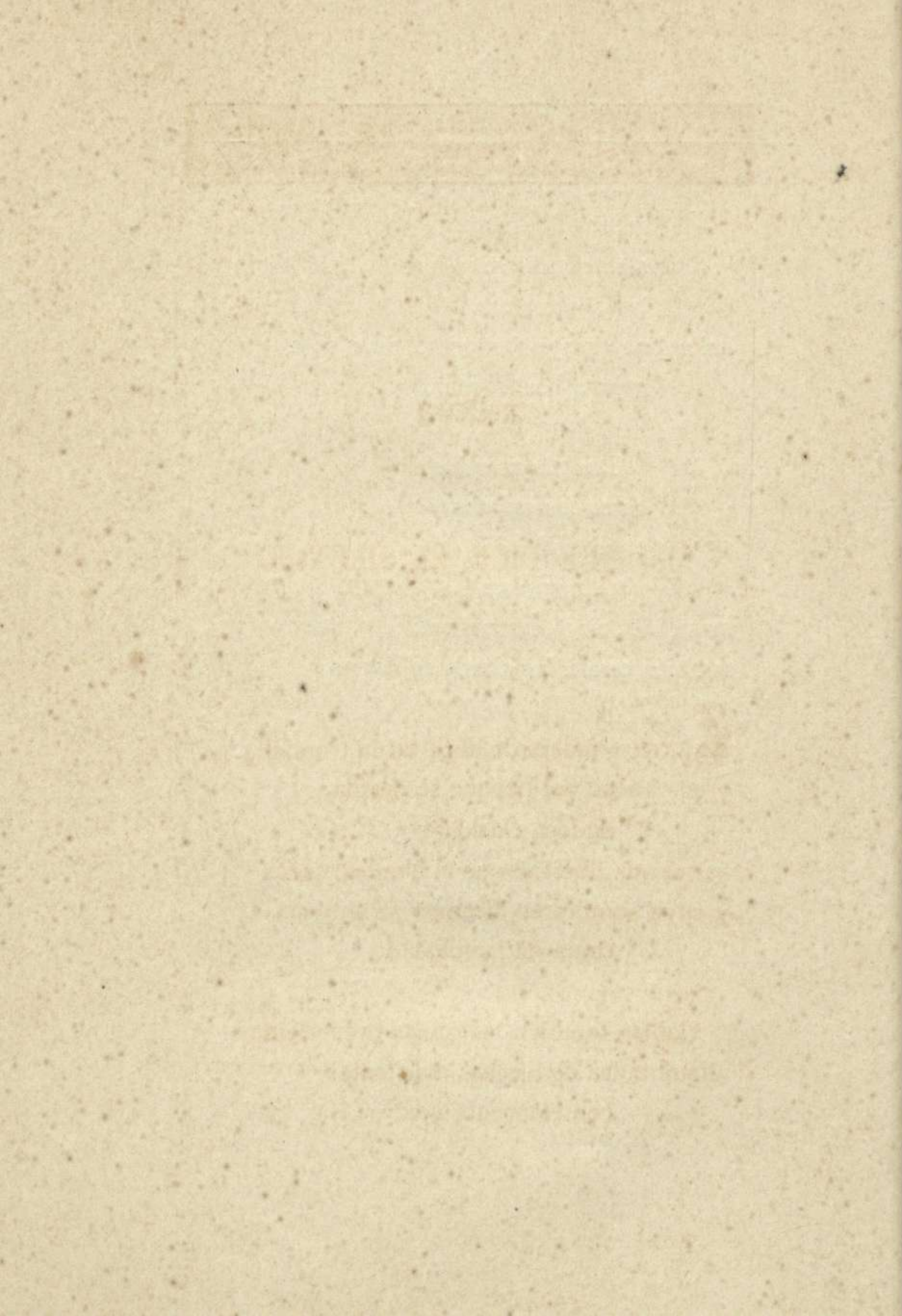
Por eso al cielo
sus frentes alzan
huyendo altivas
de tierra ingrata
como las almas solas que se elevan
sobre las otras almas.

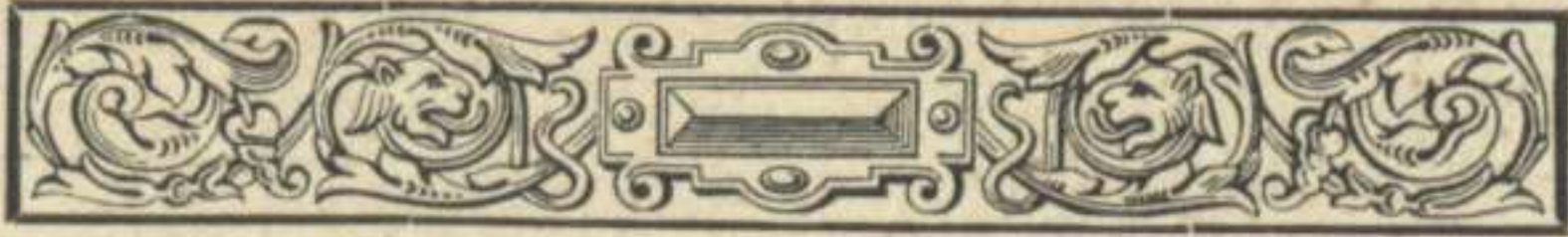
No busca el rayo
la humilde planta,
sino que hiere
las cimas altas.

La palma espera al rayo: el alma sola
espera la desgracia.

Las almas solas,
como las palmas,
en el olvido
viven y pasan;
mas quien riega las palmas del desierto
también oye á las almas solitarias.







XXXVII

LO QUE DICE EL SILENCIO

CUANDO muere de abril tarde tranquila
y en el seno del bosque se destila
dudosa claridad,
la ansiada libertad que el hombre sueña
y cuya sombra en alcanzar se empeña
canta en la soledad.

Hablan también las ruinas polvorientas,
alfombradas de hierbas macilentas
con elocuente voz:

mudas nos hablan de algo que no muere,
algo que de los siglos nunca hiere
la corriente veloz.

Al dulce abrigo del materno seno
duerme el infante cándido, aún ajeno
al humano sufrir.

Y escúchase en el sueño silencioso,
entre rumor de cánticos, gozoso
su espíritu reir.

En vano en el silencio se promete
de calma disfrutar el que comete
abominable acción:
aunque el labio enmudezca, atronadora
turbará aquella calma engañadora
la voz de su razón.

Frases de melancólico misterio
llenán del apacible cementerio
el silencio tenaz.

Promesa dulce de futura suerte,
el eterno silencio de la muerte
es un himno á la paz.

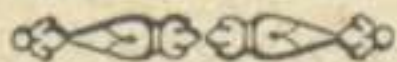
Los astros que en el éther balancean
las encendidas frentes que chispean
 volando sin rumor,
los unos á los otros se eslabonan
y el ¡Ave! sacro á la grandeza entonan
 del Supremo Hacedor.

.....

Yo escuché como tú la voz que, muda,
respondió en el silencio á alguna duda
 y la duda alejó.

Y lo que al alma dicen muchas cosas,
para el oído humano silenciosas,
 lo sabemos tú y yo.

Pero cuando ante el mundo indiferente
de la mirada con la luz ardiente
 nos hablamos los dos;
cuando en silencio el corazón estalla
lo que nos dice aquél y el labio calla,
 eso... sábelo Dios.







XXXVIII

EL ESPEJO DE LA VERDAD

(DE FLORIÁN)

EN siglo por desgracia muy lejano,
la verdad por el mundo discurría
sin velo alguno y con espejo en mano.

¡Dichosa edad sería
de abundancia, de paz y de alegría!

El sér humano, cándido, inocente,
mirábase al cristal claro y bruñido
que copiaba sus faltas elocuente.

Defecto conocido
era al punto enmendado y corregido.

Mas ¡ay! que el hombre al fin rindió tributo
á su debilidad; rico tesoro
perdió al morder el engañoso fruto.

Hoy con amargo lloro
la edad recuerda que apellida de oro.

Y la pobre verdad que iba desnuda,
en la humana inocencia confiada,
huyó dejando en su lugar la duda.

La cínica mirada
del hombre, esquiva en su eternal morada.

Mas cuéntase que al remontar el vuelo
el espejo, ya inútil, con profundo
desdén lanzó contra el ingrato suelo.

En menos de un segundo
quebró el cristal chocando con el mundo.

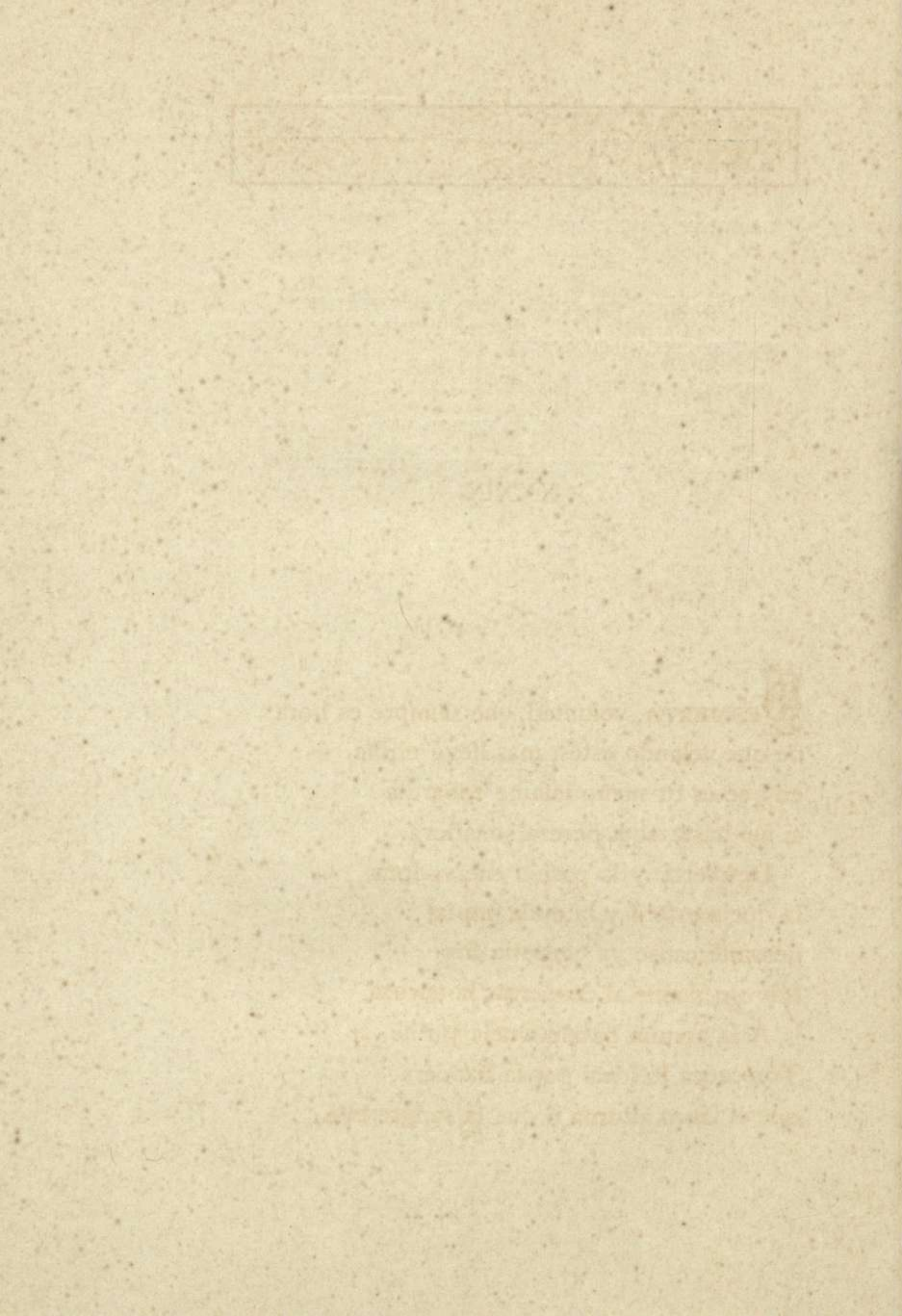
Sus fragmentos, menudos y brillantes,
el vulgo necio recogió curioso,
y suelen ser juguete de ignorantes.

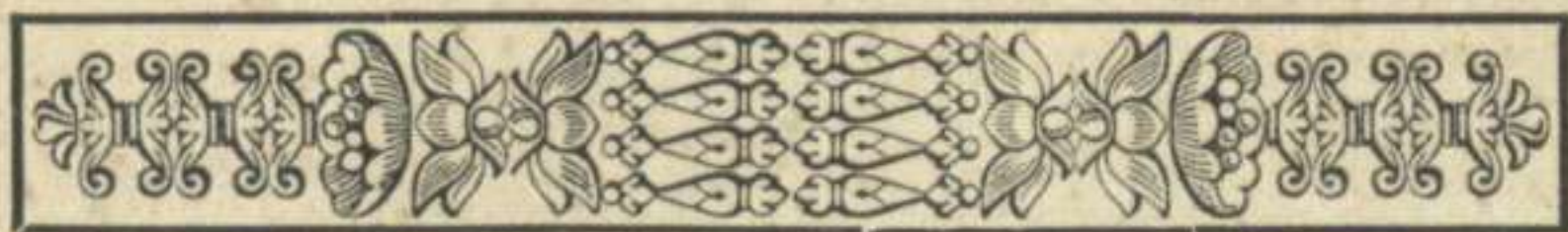
El hombre virtuoso
en busca suya corre presuroso.

Pero si alguno encuentra, por ventura,
es tan escaso su cristal sincero,
que solo copia en parte su figura.

El sabio es el primero
que no se ve jamás de cuerpo entero.







XXXIX

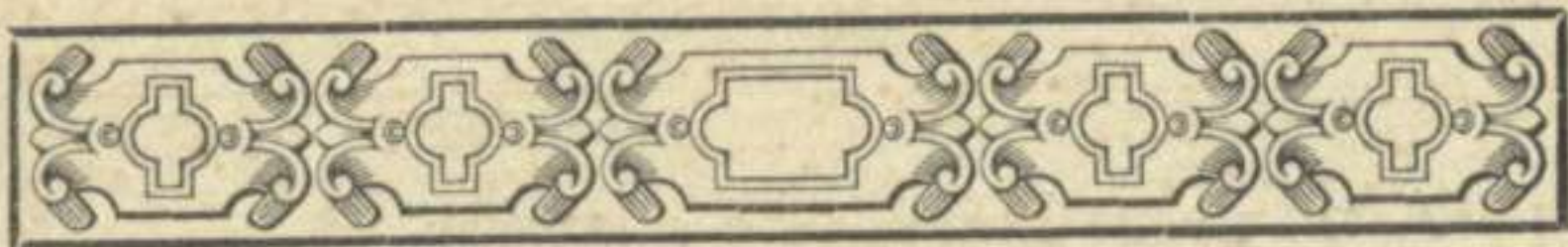
DESPIERTA, voluntad, que siempre es hora
de que velando estés; mas llegó el día
en que es tu sueño infame cobardía
si fué hasta aquí pereza soñadora.

Despierta: y la pasión enervadora,
la queja estéril y la duda impía,
desvanézcense ya como la fría
lóbrega noche al despertar la aurora.

Á la común batalla vuela y riñe.
Trueca ya lo ideal por la bandera
que el lauro adorna ó que la sangre tiñe,

y ante el peligro irguiéndote severa,
si no con la del triunfo, sé un momento
grande con la grandeza del intento.





XL

SIEMPRE DISTANTES

EL mar nos separaba cuando unidas
estaban nuestras almas.

Yo escribía en mis cartas «no me olvides;»
Tú, en las tuyas, «¿qué importa la distancia?»

Unímonos después... mas ¡qué distantes
nuestras almas estaban!

Tú no eras tú; mi amor sólo era digno
de la mujer fingida por tus cartas.

A mi pesar humedeció mis ojos
abrasadora lágrima;
pero no la enjugó tu blanca mano,
la secó tu burlona carcajada.

Pielago de amargura inagotable
hoy esa breve gota nos separa,
cuando ayer no bastaba á separarnos
del mar ilimitado la distancia.





XLI

IGNOTUS INGLORIUS

QCULTAS por las aguas verdosas de los mares,
en cárceles de nácar inmóviles y presas
las madre-perlas yacen, viviendo en el silencio
misteriosa existencia.

Las perlas son las gotas de sangre que derraman
heridas de su cuerpo, si no miente la ciencia,
y luego hasta la frente se elevan de los Reyes
esas gotas sangrientas.

¡Viviendo en el misterio también; y en el olvido
luchando con amarga fatalidad extrema
el Genio cuántas veces amasa con su sangre
las obras que á su muerte consiguen gloria eternal!





XLII

ENVIDIA

QUÁNTAS envidias, sobre tu frente
color de nácar,
causa esa altiva rica diadema
de piedras raras!...
Hermosa y joven, todos te adulan
y me dan lástima,
pues de tus penas ignoran todos
la historia larga;
mas yo sé, hermosa, que te envenena
un amor muerto, sin esperanza.

Sin que en tus labios haya una queja
sufres y callas,
y te resignas, y en el silencio
viertes tus lágrimas.
¡Oh tú, mil veces dichosa mártir,
hostia nevada
que sin esfuerzo la sien humilde
dobla en el ara,
quiérra á tus labios robar pudiera
esa sonrisa que al mundo engaña!

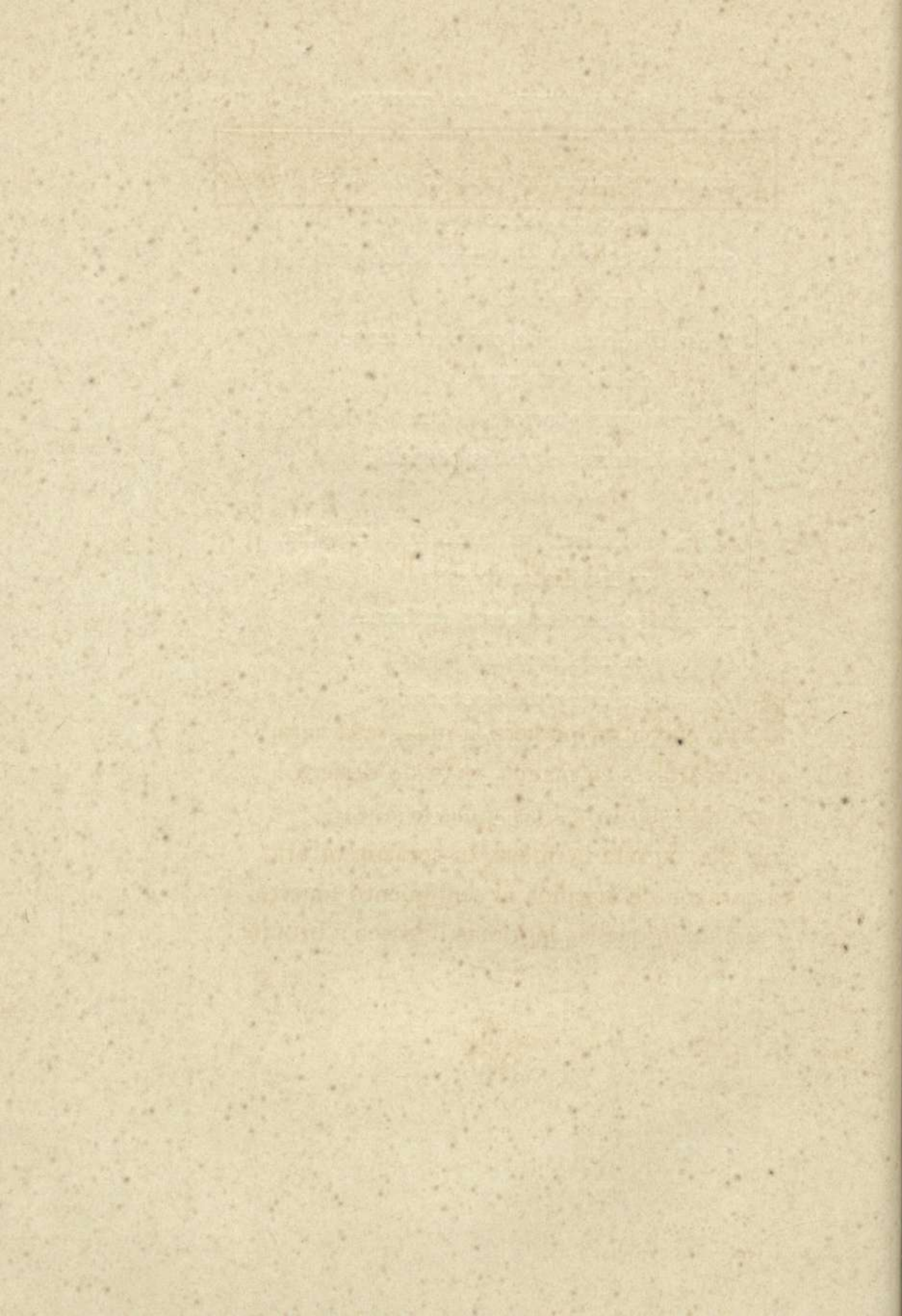
A los fulgores de las bujías
cruzar las salas
luciendo altiva rica diadema
de piedras raras;
tu talle ciñe con blandos pliegues
cándida gasa
y acariciando tu nívea diestra
flores nevadas,
por las alfombras, como por nubes
sin peso alguno tu pie resbala.

En esas horas te me apareces
cuando á mí avanzas

como nos pinta sus nobles mártires
la fe cristiana:
con alba túnica, con envidiable
florida palma,
y esa diadema que orna tu frente
de piedras raras,
se me figura glorioso nimbo
de brilladoras estrellas blancas.

Por eso, hermosa, también la envidia,
y envidia amarga,
con fuego escrita leerás entonces
en mis miradas;
mas no la causa tu apetecida
rica diadema de piedras raras,
sino ese círculo de brilladoras
blancas estrellas que orna tu alma.







XLIII

IMPOSIBLE

SI yo encontrar pudiera la milagrosa vara
que de Moisés en manos, en árido desierto
logró de estéril roca las aguas arrancar,
con ella, ingrata hermosa, tu corazón tocara,
tu corazón de mármol, al sentimiento muerto,
y aún dudo que las lágrimas llegasen á brotar.





XLIV

ABEN-TAHER, CAUDILLO DE MURSIET

TRADICIÓN — (1079)

Estaba escrito.

SOBRE la vega de Tadmir, no lejos de la rica Mursiet, peñón altivo rasga el verde tapiz, y al cielo sube coronado de almenas. En el limpio sosegado cristal del ancho Tádher se dibujan sus torres de granito donde anidan las águilas. ¡Qué tristes historias yacen en el polvo frío que va arrancando á la musgosa piedra la inmensa pesadumbre de los siglos!

Hermoso el valle de Tadmír se extiende
de sierra á sierra: cármenes umbríos
verde oleaje imitan, cuya espuma
es la flor del naranjo. Dios lo quiso,
y los alados genios, cuyo aliento
forma el aura estival, los verdes silos
no abandonan jamás; las rosas muertas,
al sacudir sus pétalos marchitos,
otros nuevos descubren; no hay invierno
en región tan hermosa.

Ronco grito,
dominando el zumbar de las colmenas,
el canto del pastor, del manso río
la soñolienta voz, y el son agreste
de las brisas que cantan en los pinos
se extiende por el valle; voz de guerra
que acelera del pecho los latidos,
que en el monte, al pasar, despierta el eco,
y en las almas el odio.

El muro altivo
de Mursiet, la querida del Profeta,
relumbra al sol poniente con el brillo
de las agudas armas que coronan
sus almenados cubos, y bruñidos

barretes y dorados bacaríes
resplandecen con ellas. Intranquilo
«alerta» que de labio en labio pasa
se escucha circular por el recinto
de la heroica ciudad.

En torno de ella,
como sierpe de elásticos anillos,
el sitiador ejército se extiende.
Flamean con el soplo vespertino
los rojos gallardetes de las tiendas;
cañaveral espeso removido
por el aire, semejan los lanzones
que de la tarde en sus tajantes filos
quiebran la luz. Ruidosas alharacas
brotan do quier; confuso vocerío
se confunde al piafar de los corceles,
al choque de los hierros damasquinos,
al acento de mando, al sordo arrastre
de las guerreras máquinas: el ruido
con la impaciencia crece, y la impaciencia
de minuto en minuto.

Uno es el rito
de cercadores y cercados; una
la sangre. Aláh, con superior designio,

las africanas huestes de Sevilla
conduce al muro aquél.

Joven caudillo
lo defiende; tan joven, que su labio
sombrea el bozo apenas; mas del Libio
desierto en las arenas halló cuna,
y la voz del león vibró en su oído
antes que la del hombre: nadie ignora
de Aben-Taher el indomable brío.

Abdalá-Ben-Raxic, en cuya frente
nevó la edad sin apagar el vivo
fugoso ardor de la guerrera sangre,
cerco puso á Mursiet, con tal ahinco,
que asombro fué de todos la flaqueza
en que después trocóse. ¿Qué motivo
pudo torcer el inflexible roble?...
Dios es omnipotente, y aun Dios mismo
se doblega al amor... ¡Aciago día
en que Abdalá de amor vióse cautivo!
Daraja es bella... Se arrastró llorando
á sus pies, de Mursiet por el destino
rogando, y por la vida de su jefe...
Al viejo trueca en inocente niño
la tardía pasión; ciego, á la hermosa

promete por su honor que en el recinto
de su harén vivirá, sin que su labio
sus trenzas roce, hasta que al fin rendido,
pero con honra y libertad, deponga
el jefe del ejército enemigo
sus iras. Y Daraja le promete
ser suya entonces. El feroz caudillo
por eso desfallece ante los muros
de la noble ciudad; por eso el sitio
interrumpe, una tregua concediendo,
cuando, de nuevo ejército seguido,
Aben-Osmar, wasir del sevillano
Monarca, se presenta de improviso.
A tanto llega la malicia, á tanto
la ciega envidia, y el amor tardío,
que por débil el héroe de cien lides
su puesto cede con silencio digno,
y se retira á Montacut.

Daraja

aguárdale en aquel peñón altivo
que al cielo se remonta, con almenas
donde anidan las águilas.

Sombríos

hechos guarda en su polvo. Triste historia

en este rudo canto resucito.
¡Daraja!... ¡Aben Taher!... ¡Vuestro recuerdo
como la nota del laúd morisco
que cuanto más distante, más suspende
al alma que la escucha, baña en tibio
llanto mis ojos!... El que amante cuenta
las gotas que resbalan por el lirio
galardonar debió vuestro tormento.
Cumplióse vuestro fin. ¡Estaba escrito!



—«Alí, mi buen Alí; tú de mi angustia
testigo fiel, á caminar te apresta;
tus pocos años confianza inspiran
y el candor que en tu frente se refleja.
Llega á los muros de Mursiet, y luego,
cual otras veces, con segura diestra,
dispara tu neblina, y en sus alas
llegará á su poder esta gacela...
Deja que aún la roce con mis labios...
Por el calor de tu regazo secas

las huellas de mis lágrimas, no temo
que su tristeza aumenten, ó me vendan...
Aquí sus labios posará... Los míos
no me atrevo á apartar... Deja que lea
por la postrera vez estas palabras
que á él llegarán: ¡mi vida va con ellas!

»Aben-Taher, cuando la nueva luna
surja en el cielo, morirá la tregua.
Rendido ó muerto te verá... Si mueres,
¿qué es de Daraja? Por su amor, te ruega
que si en el ajimez de su aposento
brillar ves una luz cuando anochezca,
entregues la ciudad, porque he podido
mis cadenas romper y en la derecha
margen del Tádher con Alí te espero.
Vendido estás. Traidores te rodean.
Probado es tu valor. ¡Ay! ¡Cuántas veces
por mí vencistes al justar! Recuerda
que prometí ser tuya y que lo cumplo.
No triunfó la prisión de mi pureza;
triunfa tú de ti mismo... ¿Qué es la gloria
sin el amor?... La soledad inmensa
del desierto será nuestro refugio.
No vaciles. La tuya es mi existencia.»

—«Toma, mi buen Alí, y en el camino
canta, que de tu voz el rastro pueda
anhelante seguir. Alhá te guíe.»

Así Daraja, en lágrimas deshecha,
dice, y Alí la mira entristecido,
oculta en su regazo la gacela
y parte.

Ocupa torreón enhiesto
el camarín lujoso de la bella:
su elevación es tanta, que ella escusa
inutil celosía. La riqueza,
por el amor guiada, de aquel nido
hizo un edén. Las ojivales puertas
ocultan primorosos arambeles;
el tosco muro místicas leyendas
de oro y de grana cinteadas; surge
sobre columnas débiles y esbeltas,
cual por milagro, cúpula atrevida,
del cincel granadino obra maestra;
brillantes azulejos, alcatifas
primorosas, cogines que de Persia
vinieron, cuanto puede una sultana
codiciar, confundido allí se encuentra.

Reclínase Daraja con desmayo
del calado ajimez sobre el aféizar.
La tersa frente de marfil resalta
en el óvalo negro de las trenzas;
apóyala en su mano; los rasgados
ojos que luengos párpados sombrean,
levanta al cielo en el que apenas brilla
de la tarde fugaz arrebolera
y á la ciudad los vuelve que fulgura
del sol poniente con la luz sangrienta.

Esas sombras que rápidas descienden
por las rudas vertientes de las sierras,
son, de Daraja para el alma triste,
los ángeles perversos de alas negras
que al mando de Azrael, genio de muerte,
hacia Mursiet sus pasos enderezan.

¡En ella Aben-Taher!... Tierna mentira
fué no más de Daraja la promesa:
no acudirá á la cita, que no puede
romper su esclavitud... Mas cuando sepa
la libertad de Aben-Taher, cumpliendo
con la empeñada fe, también espera
encontrar en la muerte la ansiada

libertad... Y sonrío con siniestra expresión, y en sus ojos aun parece que el africano sol relampaguea.

Súbito se estremece, que en su oído la voz resuena de Abdalá. En la espesa alcatifa su pie resbaló mudo, y así la dice con ternura inmensa que el bronco acento endulza:

—«Mi sultana, oye á tu amante súbdito: se acerca el espirar del plazo: el oro mío sembró en la plaza la traición: severas órdenes guardarán la cara vida de tu caudillo: si á la fuga apela se amparará su fuga: si se rinde, respetarán su vida con su hacienda. La luna va á brillar, la tregua espira, tus órdenes cumplí: ¿qué más deseas?»

—«Gracias, señor, Daraja le responde, cumpliré mi palabra cual la vuestra cumplís.» Y á sonreír torna en seguida de modo tal que causa miedo y pena.

En esto se levanta desde el valle

la voz de Alí, del buen Alí que vuela
sobre ligero potro; y aunque canta,
revela su canción vaga tristeza.

Las sombras crecen y Daraja enciende
con honda angustia perfumada tea,
cuya luz á Mursiet llega sin duda.

En mudo arrobamiento la contempla
el débil Abdalá.

Las sombras crecen:
indecisa aureola ya blanquea
los altos picos.

La infeliz Daraja
su faz, que tiñe palidez intensa,
en las manos oculta silenciosa...

Nace la luna... y la canción se aleja.



¡Dichosa primavera de la vida,
cómo á tu dulce resplandor el alma
generosa florece! ¡Cómo brotan
á tu calor las nobles esperanzas

y el misterioso amor! Por ti Dios hizo
del Schewal las noches perfumadas,
y la gloriosa lucha: al heroísmo
fácilmente el espíritu levantas.

Aben-Taher, en cuyas venas arde
el fuego del desierto, que en lozana
juventud abre el pecho á los impulsos
del amor y la gloria, la contraria
suerte maldice. En desgraciada hora
su oculto albergue abandonó Daraja
y se hizo voluntaria prisionera
del anciano Abdalá. Con honda rabia,
aunque admirando el noble sacrificio,
aunque lleno de ciega confianza
en su pasión, Aben-Taher el pecho
desgarrársele siente; su mirada
no puede separar de la bravía
peña de Montacut; y con amarga
envidia sigue el levantado vuelo
del águila feliz!...

La sitiada
ciudad, apenas defensores cuenta;
su muda soledad espanto causa.

Los niños, los ancianos, las mujeres
huyeron á las ásperas montañas.

Los que las armas empuñar pudieron
quedaron coronando la muralla:
muchos ya perecieron.

Mientras, crece
el sitiador ejército y avanza.

A cada grito de dolor responde
otro grito más triste en las lejanas
quebraduras del monte; el desaliento
surge y rápidamente se propaga:
ya los víveres faltan; ya la diestra
la javalina con temblor dispara:
ya se murmura en tono desabrido
y alta voz; cuando tregua inesperada
comienza.

En vano Aben-Taher congrega
á los sabios arraces; sus palabras,
con la inmediata rendición conformes,
escucha. En vano con ligera planta
las murallas recorre: sus guerreros
pasar le ven con gesto de amenaza...

.....

Sólo ya con su cólera el mancebo

su toca azul y su alquicel desgarrado
y maldice el instante en que engendrado
fué para tal deshonra y pena tanta.

Solo está. La mezquita con sus muros
sagrados le protege. La arrugada
morena frente dobla pensativo;
lanzan sus ojos breves llamaradas
y su crispada diestra la gacela
de la infeliz Daraja oprime.

Vaga,
débil luz vierte lámpara oscilante
que arranca á la menuda filigrana
de la bóveda oscura tenues chispas.

Ha espirado la tregua. La irritada
plebe falaz atronadora ruge
en son amenazante.

Con opaca
voz murmura el caudillo:—«¿Qué es la gloria
sin el amor?... ¿Y qué de mi Daraja
será cuando yo muera?...» Y por sus labios
el sordo hervor del corazón escapa.

El fragoroso estrépito se aumenta.
Mas repentina claridad extraña
aquel recinto invade: por los altos

ajimeces penetran rojas llamas
y humo denso, los muros se estremecen
y las maderas crujen.

Ya la infamia
de la cobarde plebe se adivina.

Con firme paso los dinteles salva
de la mezquita Aben-Taher y siente
de cólera y dolor ardientes lágrimas
resbalar por su rostro. Al cielo suben
en bermeja espiral las desatadas
lenguas de fuego que de breves chispas
el humo denso con fragor esmaltan...

De Montacut, en el sereno cielo
la cumbre se dibuja: la mirada
del angustiado Aben-Taher en ella
descubre blanca luz. Breve batalla
consigo mismo riñe; al cabo triunfa
el amor...

Como tigre que se lanza
sobre rebaño tímido, desnuda
la tajante gumía, la compacta
muchedumbre arrollando, abre camino.

Ya de Bib-al-munen la puerta franca
traspasa el vencedor, cuando el mancebo

al alto muro llega. Cual si un hada
amparase su fuga, solitario
aquel paraje está: segura escala
del muro pende y á su pie, brioso
corcel había ensillado; en él cabalga
y se pierde en las sombras...

De alba espuma

y de sudor cubierto, ya la blanca
arena pisa en la ribera opuesta
del río el alazán. La luna blanca
sus tenues hilos en las frondas quiebra.
Tan sólo rompe la nocturna calma
de la ciudad el eco rumoroso
que á intervalos se pierde en la distancia.

Camina Aben-Taher bajo la espesa
bóveda de follaje perfumada
asustando á las aves que enmudecen
al escuchar su paso; las acacias
en olorosa lluvia de argentinos
pétalos se desprenden cuando pasa,
y alguna vez en la espesura azota
su almete brillador florida rama.

Dijérase que al rayo de la luna
impalpables huríes de nevadas

túnicas se deslizan silenciosas
entre los altos troncos.

La esperanza
huye de Aben-Taher al ver tan solo
el sitio de la cita, cuando avanza
una sombra hácia él. Las riendas cobra
y reconoce á Alí.—«¿Qué es de Daraja?...»
—«Señor, Alí responde, vuestra vida
salvó con un engaño; perdonadla
y haced que me perdone; pues revelo
su secreto...»

Ni el trueno que las altas
sierras conmueve vibra como el grito
que Aben-Taher en su delirio lanza.
Hunde la espuela en el corcel fogoso,
en su cristal las espumosas aguas
de nuevo lo reciben, batallando
con la corriente la ribera gana,
y de un vértigo presa, en el tendido
jadeante corcel llega á la falda
de Montacut.

Saeta vibradora
dispara un centinela que su rauda
marcha detiene. Con sombrío acento

á la presencia de Abdalá demanda
que le lleven; pero antes conocido
es y preso.

Su diestra no rechaza
la que su acero toma. Asombra á todos
su actitud silenciosa y resignada
y aún inspira respeto, y aún le temen.

Por la montaña asciende, y se adelanta
á su paso Abdalá. Mudo le entrega
el noble prisionero de su amada
la engañadora esquila que denuncia
su sacrificio y prueba su constancia.

Del anciano celoso al descompuesto
semblante asoma con fulgor que espanta,
odio infernal.

—«La muerte sólo busco
—le dice Aben-Taher;—en mí te sacia,
y sabe que Daraja, si á ti cede
es sólo por mi amor.»

Á estas palabras
Abdalá con mirada en que rebosa
el horrible placer de la venganza
hace un signo. Obedientes sus guerreros
al mancebo derriban y lo arrastran

al pie del torreón en que la triste
cautiva vela con mortales ansias.

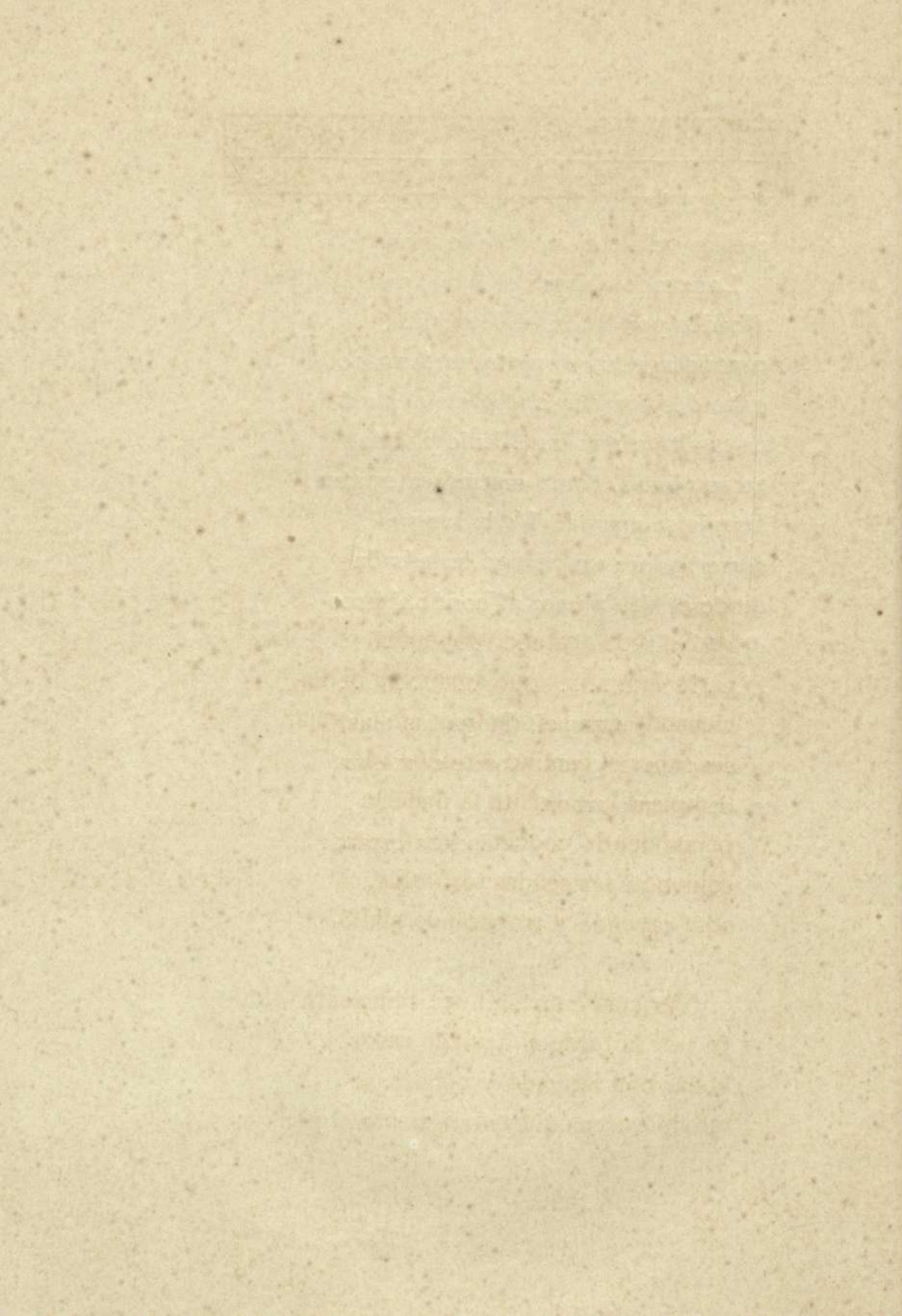
Lanzando chispas el fatal acero
silbador por el aire se levanta...
cuando agudo, vibrante, prolongado
grito desgarrador que parte el alma
en la altura resuena... Enloquecida
en su ajimez, como marmórea estatua,
Daraja se aparece. Ve la sangre
correr, y por un vértigo impulsada
desde el alto ajimez al hondo abismo
desplómase.....

.....

¡Azrael! ¡Plega tus alas,
que acaba tu poder donde comienza
el del eterno amor!

—¡Escrito estaba!







XLV

UNA voz acatando soberana,
partir aun antes que amanezca el día,
luchando con las sombras, sin un guía,
sin saber el camino á donde va!
¡Emplear vanamente la mañana
persiguiendo coquetas mariposas,
equivocar las sendas tortuosas,
aquí cayendo y tropezando allá!...

¡Ver cuál empañá nube cenicienta
ya por la tarde el azulado raso,
hollar con fatigado y débil paso
movible arena que ensangrienta el pie!...

¡Los rigores sufrir de la tormenta
y á la luz del relámpago brillante
ver el ansiado término distante
perdiendo ya las fuerzas con la fel...

¡Mendigar abatido y anheloso,
puesto ya el sol, hospitario techo,
y sobre duro miserable lecho
el reposo buscar con ansiedad!...
¿Y á este viaje rápido y penoso
en que sucumbe el ánimo más fuerte
llámase *nacimiento, vida y muerte?*
¡Dios lo quiere! ¡Hágase su voluntad!





XLVI

AMAR al Sér Altísimo es orar.
Amar á nuestros padres es cumplir.
Amar á nuestro prójimo es sembrar.
Amar á las mujeres es mentir.
Amar á una mujer, eso es amar.







XLVII

DIOS mío! ¿Será grande,
me dije yo en silencio,
el pensamiento humano
que al dilatarse abarca el universo?

¿Y del inquieto espíritu
la voluntad, anhelo
que sin medida crece
sin conocer intervalo ni freno?..

Y extraña voz oculta
me interrumpió diciendo:
«Más grande es el amor, que á un tiempo mismo
llena la voluntad y el pensamiento.»





XLVIII

CANTO DE AMOR

(PALABRAS PARA LA MELODÍA DE ESTE TÍTULO, ORIGINAL DE D. ANTONIO
LÓPEZ ALMAGRO.)

JURÉ por su honor—callar y sufrir.
Con llanto de amor—silencio juré,
Y en hora fatal—me dijo al morir:
«¡También por mi mal—te amaba y callé!»

Los ojos en mí
llorosos fijó:
sonrisa mortal
sus labios plegó:

se oía volar
la muerte en redor.
¡Fué un beso cruel
su beso de amor!

De espinas de amor—ceñida la sien,
los dos con valor—supimos sufrir.
Su beso gracial—me habló, por mi bien,
de amor eternal—que nace al morir.

Su sér en mi sér
latir siento yo.
Por mí la oigo orar
delante de Dios.
Si pienso en morir
me dice su voz:
«¡La vida es fugaz
y eterno el amor!»





XLIX

EN SIENDO YO GRANDE...

LA sombra es profunda, ya muere el confuso rumor de las calles, las horas avanzan y aún brilla en la altura con tenues reflejos de humilde buhardilla la estrecha ventana: el niño aún estudia y en tanto afanosa su madre trabaja.

El niño los ojos que el sueño fatiga del libro separa, los fija en su madre, y al ver que al trabajo se dobla en silencio

su frente que arrugan insomnio y pesares,
suspira y murmura con honda impaciencia:

«Si yo fuera grande...»

Bien sabe la pobre viüda que entonces
el hijo á su madre quizá olvidaría,
que á brazos extraños enlaza los suyos
el hombre cumpliendo la ley de la vida;
lo sabe y no obstante asoma á sus labios
alegre sonrisa.

—«Verás, dice el niño, verás cómo vuelven
las horas aquellas que huyeron fugaces,
el grato reposo, los fieles criados,
el cómodo lecho, la mesa abundante;
verás cómo enjugas por siempre tus ojos
en siendo yo grande.»

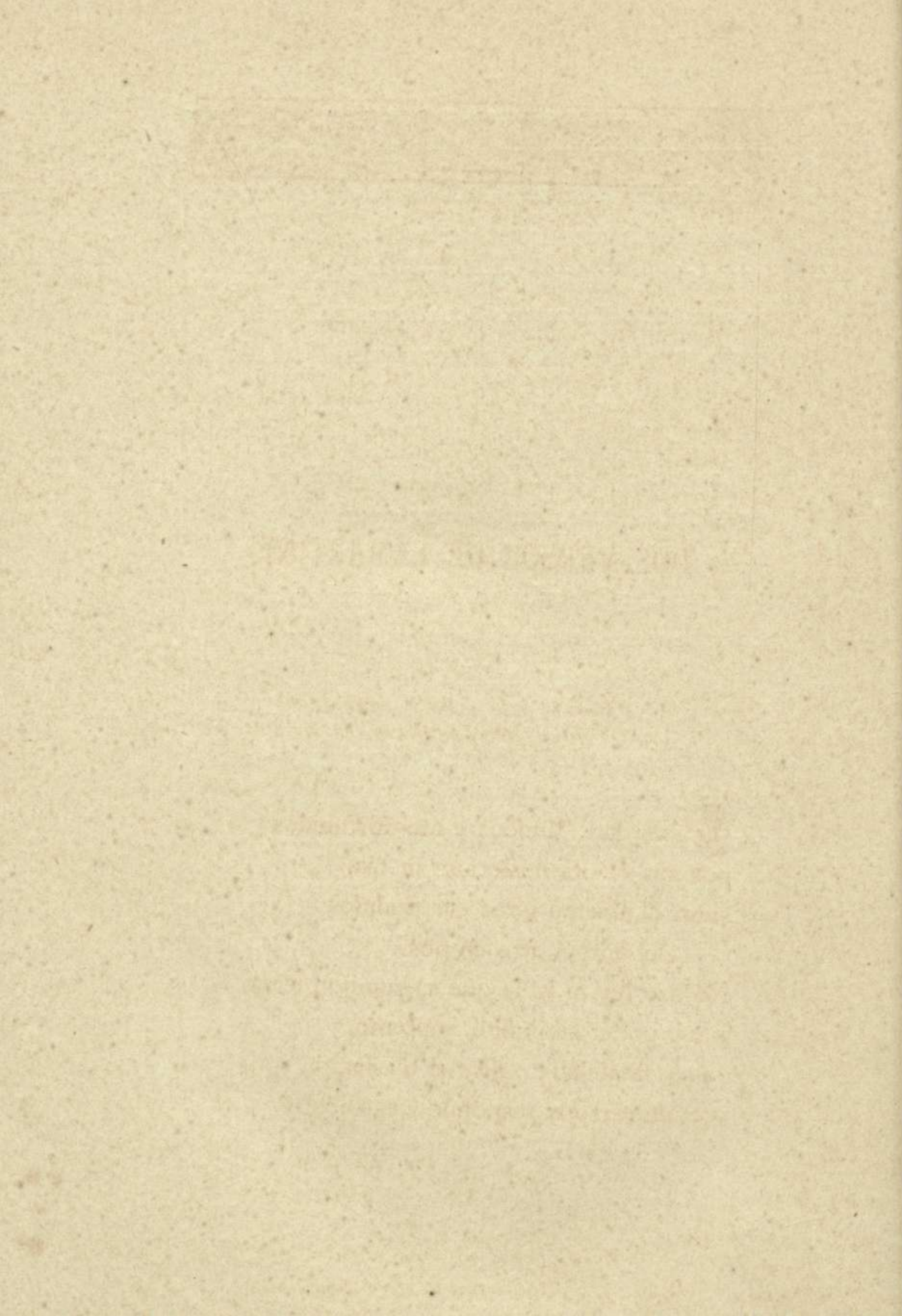
No ignora la madre que al término triste
su vida se acerca con rápido vuelo,
pues ve con espanto triunfar de sus fuerzas
dolores del alma, fatigas del cuerpo;
lo sabe y no obstante sus frases escucha
con dulce embeleso.

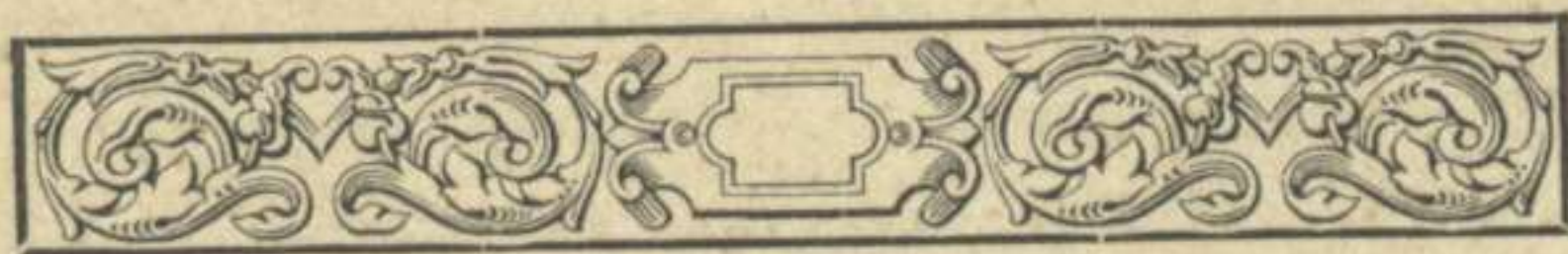
Y el niño prosigue:—«De aquel escondido rincón donde dices que duerme mi padre, verás cómo hacemos que broten las flores; su nombre en el mármol con letras brillantes verás, y su sueño será más tranquilo en siendo yo grande.»

La madre recuerda que en lóbrega fosa cayeron los restos del hombre querido, la fosa del pobre, y allí se mezclaron con otros; ¿quién roba su presa al abismo? Lo sabe y no obstante con rostro sereno sonríe á su hijo.

Así de la noche las horas trascurren soñando despiertos el hijo y la madre, y aun ella le dice creyéndolo á veces:
«¡En siendo tú grande!...»







L

DOS VERSOS DE LAMARTINE

*Le livre de la vie est le livre suprême
Qu'on ne peut ni fermer ni rouvrir à son choix.*

ES verdad. Mundos y átomos unidos
por una oculta misteriosa fuerza,
sobre el abismo giran suspendidos
del uno el otro en pos.
No hay ley ni valla que su rumbo tuerza,
y ese poder sin límite, supremo,
«es la fatalidad»... dice el blasfemo;
y el universo le responde «¡es Dios!»

Es verdad. La corriente de las horas
jamás sobre su cauce retrocede:
huyendo van, saetas voladoras,
que nunca han de volver...

¿Quién de sus garras invisibles puede
arrancar con amor el bien perdido?
¡No detiene sus alas el gemido!
¡No las detuvo el canto del placer!

El adorado sér por que palpita
el alma, ¿quién disputará á la muerte?
¿Quién á la flor que el ábrego marchita
devolverá el color?

Escrita está nuestra inmutable suerte;
¿pero acaso no surge la esperanza
de entre esos restos que al abismo lanza,
el sér que muere y la agostada flor?

En forma de recuerdo el alma aloja
al sér que muere; y en su seno existe.
De la pálida flor que se deshoja
otra flor brotará.

La muerte, sólo para el débil triste,

para la fe es amiga deseada,
fin del dolor, aurora sonrosada,
fulgente escala que hasta el cielo va.

Bien dijo el dulce trovador del Sena:
¿Quién á su antojo el libro de la vida
cierra, ni por la página serena
á su placer lo abrió?...

Mas... ¿qué importa? La diestra bendecida
que aquéllas dobla, derramó el consuelo
cuando en la eterna página del cielo
la palabra «esperanza» dibujó.

De cuanto consiguió forma animada
deslízase la universal corriente
sometida á esa voz que de la nada
hiciérala surgir.

Ni un solo sér la temeraria frente
contra esa voz levanta en son de guerra,
ni de su breve paso por la tierra
cuenta pide inquiriendo el porvenir.

El hombre, sólo el hombre, en cuyo seno
de la inmortalidad el germen late;

el hombre, extraña unión de luz y ceno,
de la virtud y el mal,
consigo mismo en singular combate
las horas mide con angustia inmensa
y ante la esfinge silenciosa piensa
lo que su arcano guardará fatal.

¡Ay! Cuando al labio acerca la fortuna
la hirviente copa que el placer escancia,
con triste son la péndola importuna
nos condena á sufrir.

Aun no borra del tiempo la distancia
la página de amor resplandeciente
cuando ya nos aterra la siguiente
que quizá el desengaño ha de escribir.

Más feliz de las selvas el alado
cantor modula el trino melodioso
de un amor por la duda no empañado,
sin mañana ni ayer.

¿Por qué temer al porvenir dudoso?
Al beso de la dulce primavera
entrégase al amor la tierra entera
sin pensar que el invierno ha de volver.

¿Por qué no hacerlo así? Toda la vana
ciencia del hombre, en el crisol, no arroja
un átomo de luz de esa mañana
que amaneciendo está!...

¡Oh corazón! Quizá la postrer hoja
doblando estás del libro de tu vida;
pero, canta; la estrofa interrumpida
en más pura región continuará.





ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I. Invitación.....	5
II. El último juguete.....	11
III. A una hermosa que cojea.....	15
IV. Si alguna vez á mi escondida puerta, etc..	17
V. La una de la noche.....	25
VI. Después de la lluvia.....	31
VII. Humo.....	41
VIII. El sueño del león.....	45
IX. La guitarra murciana.....	49
X. Del Murcia-Granada.....	57
XI. Las estrellas errantes.....	59
XII. Flor de invierno.	63
XIII. A la patria.....	65
XIV. Dime, Amor, es justo, etc.....	73

XV. La víspera del combate.....	79
XVI. Por angosto sendero que serpea, etc.....	85
XVII. Yo sé que te enojas, etc.....	93
XVIII. Morte morieris.....	95
XIX. Por qué amargan las adelfas.....	107
XX. Permita Dios que inextinguible fuego, etc...	111
XXI. Un beso dulce y cálido, etc.....	113
XXII. De ese amor que cual lámpara sagrada, etc.	115
XXIII. El elefante blanco.....	119
XXIV. Y vió que era bueno.....	123
XXV. Los tres amores.....	129
XXVI. Pereza.....	135
XXVII. Despotismo maternal.....	137
XXVIII. Mañana.....	139
XXIX. Tiene la bella, etc.....	145
XXX. No dudo, Juan, que tu virtud merece, etc...	149
XXXI. Trasmigración.....	151
XXXII. Epístola á un ciego.....	153
XXXIII. Odio.....	163
XXXIV. Del Murcia-Paris.....	167
XXXV. Si arrastrando vas, alma, esta cadena, etc...	173
XXXVI. Las almas solas.....	175
XXXVII. Lo que dice el silencio.....	179
XXXVIII. El espejo de la verdad.....	183
XXXIX. Despierta, voluntad, que siempre es hora, etc.	187
XL. Siempre distantes.....	189
XLI. Ignotus inglorius..	191
XLII. Envidia.....	193

	Páginas
XLIII. Imposible.	197
XLIV. Aben-Taher, caudillo de Mursiet.	199
XLV. Una voz, acatando, soberana, etc.	219
XLVI. Amar al Sér Altísimo es orar, etc.	221
XLVII. Dios mío, ¿será grande?... , etc.	223
XLVIII. Canto de amor.	225
XLIX. En siendo yo grande.	227
L. Dos versos de Lamartine.	231



Esta obra se halla de venta, al precio de
CUATRO PESETAS, en las principales librerías de Madrid.